

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR
FACULTAD MULTIDISCIPLINARIA DE OCCIDENTE
ESCUELA DE POSGRADO



TRABAJO DE POSGRADO

LA INTERSECCIONALIDAD EN LA NOVELA: LA MUJER HABITADA DE LA
ESCRITORA NICARAGÜENSE GIOCONDA BELLI

PARA OPTAR AL GRADO DE

MAESTRO EN ESTUDIOS DE CULTURA CENTROAMERICANA, OPCIÓN LITERATURA

PRESENTADO POR

LICENCIADO CARLOS ALBERTO RODAS RAMOS

DOCENTE ASESOR

DOCTOR JUAN ELIAZAR RIVERA PORTILLO

NOVIEMBRE, 2025

SANTA ANA, EL SALVADOR, CENTROAMÉRICA

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR
AUTORIDADES



ING. JUAN ROSA QUINTANILLA QUINTANILLA
RECTOR

DRA. EVELYN BEATRIZ FARFÁN MATA
VICERRECTORA ACADÉMICA

M.Sc. ROGER ARMANDO ARIAS ALVARADO
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

LICDO. PEDRO ROSALÍO ESCOBAR CASTANEDA
SECRETARIO GENERAL

LICDA. ANA RUTH AVELAR VALLADARES
DEFENSORA DE DERECHOS UNIVERSITARIOS

LICDO. CARLOS AMÍLCAR SERRANO RIVERA
FISCAL GENERAL

FACULTAD MULTIDISCIPLINARIA DE OCCIDENTE
AUTORIDADES



M.Ed. ROBERTO CARLOS SIGÜENZA CAMPOS
DECANO

DR. JOSÉ GUILLERMO GARCÍA ACOSTA
VICEDECANO

LICDO. JAIME ERNESTO SERMEÑO DE LA PEÑA
SECRETARIO

M. Ed. MIGUEL ÁNGEL CRUZ
DIRECTOR DE LA ESCUELA DE POSGRADO

ÍNDICE

Introducción	vi
Capítulo I: planteamiento del problema.....	8
1.1 Descripción del objeto de estudio	8
1.2 Enunciado del problema de investigación.....	12
1.3 Objetivos de la investigación	12
1.4 Justificación.....	13
1.5 Límites y alcances	15
Capítulo II: Marco teórico de referencia.....	17
2.1 Antecedentes de la investigación.....	17
2.2 Teoría de la interseccionalidad	21
2.2.1 La interseccionalidad como categoría de análisis.....	22
2.3 Poder.....	26
2.4 Dominación y resistencia	28
2.5 Oposición y desigualdad estructural	31
2.6 Género y feminismo decolonial	33
2.7 Roles y estereotipos de género	35
2.8 Raza y colonialidad	37
2.9 Otredad o alteridad	38
2.10 Sexualidad y cuerpo	40
Capítulo III: Marco metodológico	44
3.2 Diseño de la investigación.....	44
3.3 Tipo de investigación	45
3.4 Técnicas e instrumentos	46
3.5 Muestra de estudio	47
Capítulo IV: Análisis e interpretación de la construcción de la interseccionalidad en la novela: La mujer habitada, de la escritora nicaragüense Gioconda Belli	49
4.2 Síntesis de La mujer habitada, de Gioconda Belli	52
4.3 Análisis de la interseccionalidad en la novela La mujer habitada, de la escritora nicaragüense Gioconda Belli.....	54
4.3.1 Eje 1: Género y Clase Social en la Burguesía Liberal.....	56

4.3.2 Eje 2: Raza, Memoria Histórica y Cuerpo.....	62
4.3.3 Eje 3: Género y Militancia Política	69
4.4. La intersección Lavinia–Itzá: el mestizaje simbólico, la conciencia feminista decolonial y la emancipación subjetiva	73
Conclusiones	78
Referencias.....	82

Introducción

La presente investigación, titulada «La interseccionalidad en la novela *La mujer habitada* de la escritora nicaragüense Gioconda Belli», surge del interés por analizar la construcción de la identidad femenina en la literatura centroamericana contemporánea. El estudio se centra en examinar cómo las categorías de género, clase social, raza y memoria histórica se entrelazan y configuran las experiencias de los sujetos, revelando sistemas de opresión y resistencia que trascienden un análisis unidimensional.

La literatura centroamericana ha sido históricamente un espacio para explorar las complejas dinámicas de poder y lucha en la región; sin embargo, con frecuencia los análisis convencionales se han centrado en ejes únicos de conflicto, como la clase social o la guerra. En contraste, esta investigación propone un abordaje multidimensional de la novela, reconociendo que las experiencias de los sujetos se encuentran moldeadas por la convergencia de múltiples sistemas de poder.

El objetivo fundamental de este trabajo consiste en aplicar la teoría de la interseccionalidad para explorar la complejidad de los personajes y las dinámicas sociales representadas en la obra. Se parte de la premisa de que la identidad de las protagonistas no es estática, sino que se construye en el cruce de diversos ejes de opresión y resistencia, situados en un contexto de profundas tensiones políticas y sociales, como lo fue la Revolución Sandinista.

Para el cumplimiento de este objetivo, el documento se ha estructurado en cuatro capítulos, los cuales permiten establecer una coherencia argumentativa que transita desde la fundamentación teórica hasta el análisis del objeto cultural.

En el primer capítulo se desarrolla el planteamiento del problema, la justificación, los objetivos de la investigación y los alcances del estudio, con el propósito de delimitar el objeto de análisis y su pertinencia académica. El segundo capítulo presenta el marco teórico, en el que se exponen los principales aportes de la interseccionalidad, el feminismo, los estudios de género, la colonialidad del poder y los estudios culturales, que sustentan conceptualmente la investigación. Seguidamente, el tercer capítulo aborda el marco metodológico, en el cual se define el enfoque cualitativo, el diseño bibliográfico-documental de la investigación, el método de análisis y las técnicas empleadas para la interpretación de la obra literaria desde una perspectiva interseccional. El cuarto capítulo corresponde al análisis e interpretación de la novela «La mujer habitada», a partir de las categorías interseccionales que permiten comprender las múltiples formas de opresión y resistencia presentes en la obra, mediante el estudio de tres ejes temáticos: género y clase social; raza, memoria histórica y cuerpo; y género y militancia política.

El trabajo culmina con las conclusiones, en las cuales se sintetizan los principales hallazgos, destacando cómo la novela de Gioconda Belli no solo narra un proceso de emancipación política, sino también una profunda reconfiguración de la identidad femenina a partir de la integración de sus múltiples dimensiones históricas y sociales.

Finalmente, esta investigación pretende contribuir al fortalecimiento de los estudios literarios desde una perspectiva crítica y de género, así como a la reflexión sobre las múltiples formas de opresión que atraviesan a las mujeres en el contexto latinoamericano. Asimismo, se aspira a que este análisis favorezca una lectura más profunda de la obra de Gioconda Belli y se constituya en un aporte para futuras investigaciones que articulen literatura, interseccionalidad y estudios culturales.

Capítulo I: planteamiento del problema

1.1 Descripción del objeto de estudio

El concepto de interseccionalidad fue acuñado por la abogada afroamericana Kimberlé Crenshaw (1989) durante una discusión sobre un caso legal. El propósito fue resaltar cómo las trabajadoras negras en General Motors experimentaban diversas formas de opresión, que iban desde la violencia hasta la discriminación basada en su raza, clase social y género, y cómo estas quedan invisibilizadas por el marco legal. El objetivo de esto consistía en establecer clasificaciones legales precisas para afrontar la discriminación en diversas jerarquías dentro de los Estados Unidos.

En esta misma línea, Charlotte Hawkins Brown (1883 – 1961) concluyó que las mujeres negras sufrían doble discriminación por el hecho de ser mujeres y por el hecho de ser de raza negra, hasta el punto de afirmar que las propias mujeres blancas situaban a las mujeres negras en una condición de invisibilidad, subordinación y dominación ya que los logros de estas eran desvalorizados y generalmente las mujeres blancas ocupaban puesto de poder en el ámbito laboral.

Crenshaw, por tanto, sostenía que el feminismo blanco no lograba abordar adecuadamente las experiencias de las mujeres negras, ya que los discursos antirracistas, enfocados en cuestiones de raza, dejaban de lado las complejidades de la vida de las mujeres afroamericanas. Frente a esto, propuso analizar la discriminación interseccional donde raza y género se imbrican y constituyen la experiencia de ser mujer negra en Estados Unidos; lo cual constituyó un modelo de análisis de la problemática de la mujer, en el que, efectivamente, se involucra lo que es la interseccionalidad.

Esta conceptualización surgió como una crítica a las corrientes principales del feminismo y de los estudios sobre género, raza y clase que analizaban estas categorías de forma aislada. Además, permitió visibilizar las experiencias particulares de grupos tradicionalmente marginados

al interior de los movimientos sociales. Cuestionó las categorías identitarias unitarias y llamó la atención sobre las formas entrelazadas de privilegio y opresión que operaban simultáneamente.

Desde este origen en el feminismo negro, la interseccionalidad ha tenido un profundo impacto en diversas disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales, fue adoptada por académicas de otras procedencias como una herramienta de análisis de gran relevancia en los estudios étnicos, de género, postcoloniales y culturales. De ahí que se destacan sus principales exponentes: Audre Lorde (1934 – 1992), Angela Davis (1944), Gloria Jean Watkins (1952 – 2021) y Patricia Hill Collins (1948) quienes aportaron significativamente al análisis interseccional, ya que profundizaron en la necesidad de examinar la confluencia de vectores de diferencia como la raza, el género, la clase, la sexualidad, la edad, la discapacidad, entre otros; pues, los sistemas de poder como el racismo, el capitalismo, el patriarcado y la homofobia no operan de forma separada, sino que están profundamente entrelazados. Por lo tanto, analizar solo un eje de opresión ofrece una mirada parcial de las complejas realidades de subordinación, lo cual ha inspirado una vasta producción académica que explora las experiencias situadas de sujetos con identidades interseccionales, desafiando las categorías identitarias estáticas y homogéneas.

La interseccionalidad ganó un lugar central en los estudios culturales anglosajones en la década de 1990, inspirando una serie de trabajos que exploraban las experiencias situadas de sujetos con identidades interseccionales. Si bien es cierto que esta categoría de análisis inicialmente fue forjada en el contexto estadounidense, la teoría de la interseccionalidad tuvo un gran impacto global al ofrecer herramientas para analizar las complejidades de raza, género, etnia y otras identidades moldeadas por legados coloniales, migraciones, desigualdades estructurales, entre otros fenómenos. Se convirtió así en un paradigma esencial para comprender las experiencias de vida situadas y las dinámicas de poder entrecruzadas en diversos contextos socioculturales.

Las desigualdades sociales se manifiestan en diversos ámbitos, incluyendo el acceso a la educación, la salud, el empleo y la justicia. Estas desigualdades están profundamente arraigadas en la historia colonial de la región y en las estructuras económicas y políticas que perpetúan la exclusión y la marginalización de ciertos grupos sociales.

En este sentido, se ha convertido en una categoría utilizada para designar la perspectiva teórica y metodológica que busca dar cuenta de la percepción cruzada o imbricada de las relaciones de poder. Las relaciones de poder en las sociedades latinoamericanas se mantienen a través de la interacción entre raza y clase. Los grupos dominantes (a menudo de ascendencia europea y de clases socioeconómicas altas) utilizan su posición para perpetuar su poder y privilegio, mientras que los grupos racial y económicamente marginados luchan contra múltiples formas de opresión.

La interseccionalidad conforma uno de los conceptos clave de los estudios culturales contemporáneos. Ha transformado la comprensión de las identidades, las desigualdades y las relaciones de poder. Además, su influencia ha trascendido fronteras geográficas y disciplinarias, ya que la interseccionalidad ofrece un lente analítico indispensable para examinar las realidades complejas y situadas moldeadas por la convergencia de múltiples vectores de diferencia y opresión estructural.

Así pues, constituye una herramienta de análisis que busca comprender cómo diferentes ejes de desigualdad y sistemas de opresión se manifiestan como formas concretas de discriminación. Desde esta perspectiva teórica, la diversidad de desigualdades, discriminación y opresión, y la interrelación de diferentes factores sociales, no pueden entenderse de manera aislada. Los hombres y las mujeres pueden enfrentar múltiples formas de discriminación simultáneamente debido a su posición en diferentes categorías sociales.

Viveros Vigoya (2017) sugiere que, para comprender adecuadamente las desigualdades sociales, las jerarquías y las relaciones de poder en las sociedades latinoamericanas, es esencial considerar conjuntamente las categorías de raza y clase y hacerlo desde una perspectiva interseccional. La afirmación de Vigoya subraya la importancia de un enfoque intersectorial para entender las desigualdades en América Latina. Solo al considerar cómo raza y clase interactúan y se intersectan, se puede obtener una imagen completa de las jerarquías sociales y las relaciones de poder en la región.

En el marco de los estudios culturales centroamericanos, la interseccionalidad se ha utilizado para analizar cómo las mujeres de Centroamérica experimentan y resisten las estructuras de poder y dominación, generalmente ocasionadas por la colonialidad, el imperialismo y el patriarcado; asimismo, la manera en que han desarrollado estrategias de resistencia y supervivencia en respuesta a estas fuerzas.

En este marco, el estudio literario de la interseccionalidad se enfoca en el conjunto de dinámicas sociales y relaciones de poder que afectan el desarrollo de los individuos, sus privilegios, luchas y triunfos ante situaciones de opresión y discriminación. Así pues, la interseccionalidad proporciona un marco de análisis para comprender cómo las diversas situaciones sociales intratextuales pueden entrecruzarse y afectar a los personajes de textos literarios, particularmente en la novela «La mujer habitada» de Gioconda Belli, lo cual conforma la identidad de un actante.

Al explorar estas cuestiones de manera interrelacionada, se puede ofrecer una crítica que aborde una representación más completa de la realidad y de las experiencias humanas, es decir, del contexto de producción en el que se enmarca la novela «La mujer habitada» de la escritora nicaragüense Gioconda Belli. Con ello, se puede motivar a futuros proyectos de investigación.

1.2 Enunciado del problema de investigación

- ✓ ¿Cómo se representan e interactúan entre sí las diferentes identidades de género en «La mujer habitada»?
- ✓ ¿Cómo se entrelazan las experiencias de género con otras categorías de identidad, como la clase social, la raza o la etnia, en la novela?

1.3 Objetivos de la investigación

General:

Analizar la interseccionalidad en la novela «La mujer habitada» de Gioconda Belli, para comprender la construcción de la identidad de los personajes a partir del contexto social que representa.

Específicos:

1. Interpretar situaciones de opresión y desigualdad estructural, que se presentan en la novela: «La mujer habitada» de Gioconda Belli, desde una perspectiva feminista y antirracista.
2. Interpretar los roles y estereotipos de género que desarrollan los personajes en la novela: «La mujer habitada» de Gioconda Belli, para identificar formas de discriminación.
3. Identificar los elementos formales de la literatura de posguerra en «La mujer habitada» de Gioconda Belli, para clasificar a los protagonistas como sujetos literarios.

1.4 Justificación

La interseccionalidad en los estudios literarios promueve una conciencia crítica al analizar la manera en que las narrativas reflejan y perpetúan las estructuras de poder y los sistemas de opresión. Además, facilita la capacidad de los lectores para identificar y cuestionar la influencia de los factores sociales en la formación de las historias y comprender la compleja interconexión entre las experiencias individuales y los contextos más amplios.

Si bien es cierto, existen investigaciones literarias que abordan el concepto de raza y etnia; así como investigaciones que tratan sobre la violencia, sin embargo, se abordan de manera aislada, sin considerar el conjunto de factores y dinámicas sociales que las generan e intervienen en la construcción de la identidad del personaje a partir de sus experiencias, género, rol, clase social, entre otros. De ahí el abordaje de la interseccionalidad, porque permite hacer un acercamiento a cómo se construyen las sociedades.

La interseccionalidad se presenta como un enfoque teórico y metodológico esencial al momento de comprender y analizar cómo diferentes sistemas de opresión y privilegio están imbricados y se influyen mutuamente. El uso de este enfoque para analizar textos literarios hace posible la visibilización de las experiencias de personajes marginados que se enfrentan a múltiples formas de discriminación al mismo tiempo.

La interseccionalidad se puede explorar en la extensa obra de Gioconda Belli, una de las escritoras más sobresalientes de la literatura femenina contemporánea nicaragüense. Desde una perspectiva comprometida con la justicia social, sus novelas exploran temas como el feminismo, la revolución, la identidad y la espiritualidad.

Varios estudios han discutido cuestiones de género y feminismo en la obra de Belli. Frecuentemente, estos análisis han abordado estas categorías por sí mismas, sin considerar la interrelación de otros ejes de opresión. Así pues, en el contexto centroamericano, no es adecuado hablar de opresión de género sin abordar todos los otros tipos de opresión: racismo, colonialismo y clases sociales. Aquí es donde interseccionalidad entra en escena, ya que ayudan a comprender cómo estos factores se sobrepasan e impregnan la vida de estos personajes, revelando más de un tipo de discriminación y resistencia.

En definitiva, el análisis de la interseccionalidad en los estudios literarios ha resultado ser una herramienta crítica para investigar cómo las narrativas reflejan y mantienen las estructuras de poder y los sistemas de opresión. Por esta razón, la novela «La mujer habitada» de Gioconda Belli, gracias a su calidad de obra clave en la literatura nicaragüense y feminista, es muy sugerente para la aplicación de este enfoque. En este caso, es posible entender cómo las experiencias de los personajes no solo están determinadas por su género sino también por su clase, su raza y otras identidades en general en el contexto del poscolonialismo y la revolución.

Hasta la fecha, el análisis sistemático de la interseccionalidad en la obra de Belli es relativamente escaso. Mientras que los trabajos de Marisol Fournier-Pereira: «Feminismos e interseccionalidad: aportes para pensar los feminismos lésbicos centroamericanos» de 2014 y Wendy Aracely Meza López: «Análisis interseccional: percepciones y vivencias de los feminismos desde las voces de mujeres diversas en El Salvador» de 2023 han tocado muchos temas importantes en lo que respecta a cómo la interseccionalidad puede contribuir a los estudios culturales y feministas en Centroamérica, también son trabajos que no son directamente aplicables a la literatura escrita. Por lo tanto, este estudio puede sentar un precedente para el proceso de

investigación en el que se aplique el enfoque de género desde categorías como la discriminación, opresión y desigualdad desde una perspectiva literaria.

Además, la novela «La mujer habitada» no se trata solo de las luchas de mujeres en el evento revolucionario, sino de la resistencia a muchas otras formas de violencia y opresión: el patriarcado, el colonialismo y la lucha de clases. Ver esta obra desde la perspectiva del marco interseccional podría centrarse en todo tipo de discriminación a la que se enfrentan las protagonistas y cómo es inherente a sus identidades interseccionales. También podría contribuir a una mejor comprensión del hecho de que las luchas de género en la revolución no pueden entenderse independientemente de otros sistemas de poder.

Finalmente, con este estudio se contribuirá a la escasa bibliografía de crítica literaria al aplicar la interseccionalidad no solo como una categoría analítica de la opresión, sino como un marco que visibiliza las estrategias de resistencia de las mujeres centroamericanas frente a las estructuras de poder y dominación. A través de este análisis, se espera que el trabajo aporte una nueva dimensión a la crítica literaria feminista, vinculando la narrativa de Belli con un contexto más amplio de desigualdades sociales en América Latina.

1.5 Límites y alcances

En el presente trabajo de investigación se aplica la perspectiva de análisis para comprender la construcción de la identidad de los personajes a partir del contexto social que representa desde la interseccionalidad: Estudios Culturales, a partir de la cual se analizan las relaciones de poder y las desigualdades que se manifiestan en una sociedad a partir de categorías como violencia, discriminación, raza, género, masculinidad, feminidad, clase social, entre otros. Asimismo, se considera como objeto cultural de estudio al texto de Gioconda Belli para analizar cómo los

actantes se enfrentan a diferentes sistemas de violencia, opresión y discriminación, cómo establecen acciones o estrategias para enfrentarse a ellas.

Los principales alcances pretendidos en dicho estudio parten de analizar e interpretar desde las categorías de la interseccionalidad a partir de la novela de posguerra: *La mujer habitada*, de la escritora nicaragüense Gioconda Belli en la cual se pudo estudiar dinámicas sociales y relaciones de poder que afectan el desarrollo de los actantes, sus luchas y triunfos ante situaciones de opresión y discriminación, como un reflejo de la experiencia centroamericana.

Como limitante que, a su vez es desafío y oportunidad, es que el estudio de la interseccionalidad en la crítica literaria es un campo en expansión, ya que, generalmente, ha sido aplicado en estudios de tipo sociológico, de tipo judicial. Por lo que, es importante el desarrollo de investigaciones como esta para tener una visión de la construcción de las dinámicas sociales en los textos que responden a un contexto de producción determinado.

Capítulo II: Marco teórico de referencia

2.1 Antecedentes de la investigación

La literatura centroamericana ha sido históricamente un espacio para explorar las tensiones sociales, políticas y culturales que han dado forma a la región. Sin embargo, los enfoques convencionales a menudo se han centrado en un solo eje de opresión, como el conflicto de clase o armado, sin tener en cuenta las intrincadas intersecciones de raza, género, sexualidad y otras identidades. Aquí es donde la interseccionalidad como marco analítico ha aportado una nueva profundidad.

El concepto de interseccionalidad ha sido ampliamente estudiado y aplicado a diferentes contextos culturales. En relación con esto, las investigaciones sobre Estudios Culturales en Centroamérica han estudiado cómo la interseccionalidad es una herramienta de análisis fundamental para comprender y abordar las complejidades de la identidad y experiencia de las mujeres en Centroamérica, considerando factores como raza, clase, género, sexualidad y religión, entre otros.

Si bien es cierto, los orígenes de la interseccionalidad como categoría de análisis, se originó en el seno del feminismo negro, su uso estaba orientado al ámbito político-judicial; seguidamente, logró popularidad que se empezó a utilizar en otros campos del conocimiento, especialmente, en los que poseen un enfoque sociocrítico, debido a la posibilidad de explicar relaciones de poder y opresión que enfrentan hombres y mujeres.

En el ámbito de los estudios de género, se puede destacar la investigación: «Análisis interseccional, percepciones y vivencias de los feminismos desde las voces de mujeres diversas en El Salvador», de Wendy Aracely Meza López, publicada en junio de 2023, en la cual se analizan

e interpretan desde las teorías feministas en El Salvador, cómo se han posicionado los movimientos de mujeres y feministas, sus avances, retos y desafíos. A partir de las percepciones y vivencias de las mujeres en contextos semiurbanos y urbanos, mediante un análisis interseccional. Además, sienta las bases para reflexionar que la mujer o el cuerpo feminizado, no solo se ve afectado por su sexo y género, sino también por su estatus económico, educativo, laboral, sus rasgos y capacidad física, su condición migratoria, entre otros aspectos, desde una dimensión social.

En este marco, pero dentro de los Estudios Culturales Centroamericanos, se utilizó la interseccionalidad como una crítica de cómo las mujeres centroamericanas, particularmente, experimentan y resisten las estructuras de poder y dominación que las afectan. Es aquí donde se destaca Marisol Fournier-Pereira, con su ensayo: «Feminismos e interseccionalidad: aportes para pensar los feminismos lésbicos centroamericanos», publicado en 2014, en la revista Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe, de la Universidad de Costa Rica, en donde analiza cómo las metáforas del *cuarto propio* y el *jardín abierto*, son utilizadas como figuras retóricas por las dos principales corrientes del lesbofeminismo latinoamericano, así como la revisión de las discusiones que activistas centroamericanas lesbianas y trans con respecto a estas posturas, se propone la interseccionalidad como una herramienta para los procesos de construcción de los feminismos lésbicos centroamericanos.

Además, destaca el trabajo: «Interseccionalidad Giro decolonial y comunitario», de Mara Viveros Vigoya, publicado en 2023, que proporciona una visión general de la interseccionalidad en la literatura peruana, destacando su evolución y críticas en el contexto académico, además, sienta las bases para utilizarlo como categoría de análisis.

Una de las principales contribuciones de la interseccionalidad ha sido visibilizar las experiencias de grupos marginados cuyas voces han sido silenciadas o minimizadas. Por ejemplo,

el trabajo de escritoras como Gioconda Belli y Jacinta Escudos ha explorado la confluencia del machismo y el racismo en las vidas de las mujeres afrodescendientes e indígenas en Centroamérica. Sus obras desafían las nociones monolíticas de identidad nacional y género, revelando cómo las mujeres negras e indígenas enfrentan formas únicas de opresión y resistencia.

Aunque existen muchos estudios sobre el feminismo en la obra de Belli, el análisis sistemático de naturaleza interseccional es un campo en construcción. Esto crearía un espacio muy necesario en la crítica literaria, ya que aplicar este enfoque a una de las novelas más emblemáticas de la autora, «La mujer habitada», permitiría comprender cómo estas categorías como género, clase, raza, nacionalidad y orientación sexual están entrelazadas y han dado forma a las identidades y experiencias de las mujeres, con lo cual se saca a la luz múltiples formas de violencia, opresión y luchas de las mujeres dentro del escenario del colonialismo y el conflicto armado.

En ese sentido, se utiliza a la interseccionalidad para explicar cómo la colonialidad, el imperialismo y el patriarcado han afectado a las mujeres de la región centroamericana en particular y cómo han desarrollado estrategias de resistencia y supervivencia.

En el ámbito de los estudios literarios feministas se destaca el trabajo de grado: «Identidad femenina y narrativa centroamericana», de Nuria Jenniffer Sermeño Vda. de Velásquez, presentada en 2023, en la cual se analiza la construcción de la identidad femenina en la novelística de las escritoras centroamericanas de las primeras décadas del siglo XXI, desde la teoría de la construcción de la identidad y las formas en que esta se manifiesta.

Además, destacan compilaciones de discursos como el titulado: «Género e interseccionalidad en la historia y la cultura de Centroamérica y el Caribe (siglos XIX y XX)», publicado por *Connected Worlds: The Caribbean, Origin of Modern World*, en 2024, que visibiliza

el tema de género en la historiografía y los estudios literarios y culturales de Centroamérica y el Caribe, además, presenta aportes significativos del enfoque interseccional.

Es importante mencionar que, existe una cantidad significativa de estudios que abordan ejes temáticos relacionados con la discriminación, la opresión y la violencia, con el afán de identificar y describir o caracterizar la tipología de dichos elementos en textos literarios para reflexionar la manera en que afecta el desarrollo de la trama en textos literarios, como sucede en el trabajo de investigación: «Tipos de violencia y la concepción de la muerte en la novelística de Rafael Menjívar Ochoa, un estudio de: “De vez en cuando la muerte” (2002), “Trece” (2003), “Un buen espejo” (2005), “Cualquier forma de morir” (2006)», publicado en 2016, en el que se hace un análisis descriptivo e interpretativo de las diferentes formas de violencia que se manifiestan en las obras mencionadas. Esta óptica sesgada de la violencia genera una visión parcial de las representaciones de la sociedad.

Por otra parte, se ha identificado artículos académicos que brindan una visión general de la interseccionalidad en la literatura académica con énfasis en su influencia en la comprensión de la identidad, las relaciones de poder y exclusión, y sus vínculos con los Estudios Culturales, los estudios literarios y los estudios de género. Tal es el caso de «Un vértice para la construcción de sentidos: Estudios culturales, de género y literarios», de Ana Alejandra Robles Ruiz y Patricia del Carmen Guerrero de la Llata, publicado en 2019, en el que aborda la interseccionalidad en el estudio de la literatura, enfatizando su capacidad para reinterpretar el discurso literario como una forma de representación cultural y su relación con los estudios de género y de cultura.

Además, se destaca: «Una mirada interseccional para el abordaje de la LIJ en el campo de la cultura y la educación», de Leidy Johana Rivillas Arbeláez, publicado en la revista *Universitas Humanística*, núm. 91, 2022, de la Pontificia Universidad Javeriana, en el que se interpretan los

hitos que marcaron cambios en las ideas respecto a roles y expresiones de género, diversidad sexual, e imágenes de los niños y las niñas, en la historia de la literatura infantil.

En la actualidad, queda mucho por recorrer antes de que la interseccionalidad encuentre su aplicación adecuada en los estudios de literatura. En este sentido, es necesario continuar con el desarrollo de metodologías y enfoques que permitan una comprensión más completa de cómo la literatura representa y reproduce dinámicas de poder y exclusión basadas en identidades múltiples.

2.2 Teoría de la interseccionalidad

La interseccionalidad, un concepto acuñado por Kimberlé Crenshaw a finales de los años 1980, se ha convertido en una herramienta clave para analizar las muchas formas en que las experiencias de opresión y privilegio se cruzan y moldean la vida de las personas. Desarrollada originalmente en el contexto de los estudios jurídicos y feministas afroamericanos, la interseccionalidad proporciona una perspectiva a través de la cual ver las dinámicas simultáneas de género, raza, clase y otras categorías sociales. Desde sus inicios, este enfoque ha sido adoptado y adaptado por disciplinas tan diversas como los estudios culturales y los estudios literarios para examinar cómo los sujetos se ven afectados por estructuras sociales complejas y jerárquicas.

En el campo de los estudios de género, la interseccionalidad permite dismantelar ideas homogéneas sobre las mujeres o sus experiencias y reconocer que las mujeres no experimentan la opresión por igual. Destacando que el sexismo está entrelazado con otros factores opresivos como el racismo o el clasismo. El análisis interseccional permite una comprensión más matizada de la desigualdad y los privilegios. Esta perspectiva crítica transforma el feminismo al promover una visión inclusiva que reconoce la diversidad de experiencias de los grupos marginados,

particularmente en contextos de violencia, exclusión social o inestabilidad económica en Centroamérica.

Los estudios literarios incorporan la interseccionalidad en el análisis de textos, desde una perspectiva más inclusiva y contextual; específicamente, se utiliza para examinar las formas en que los personajes literarios, las narrativas y los marcos discursivos reflejan o desafían estructuras de poder entrelazadas. Así, la literatura mesoamericana marcada por procesos históricos de colonización, violencia y diáspora se convierte en un terreno fértil para explorar la construcción y deconstrucción de identidades de personajes a lo largo de múltiples ejes de opresión y resistencia. En este sentido, la interseccionalidad se convierte en una categoría importante que esclarece las contradicciones y complejidades en las representaciones literarias de identidad, género y diferencia cultural.

Por lo tanto, este marco teórico es un antecedente que permite examinar cómo la interseccionalidad proporciona comprensiones complejas para el análisis en estudios de género y estudios literarios, enfatizando la importancia de considerar múltiples dimensiones de identidad y poder en la configuración de la experiencia humana.

2.2.1 La interseccionalidad como categoría de análisis

El concepto de interseccionalidad se refiere a una forma de entender cómo diferentes características sociales, como el género, la clase y la etnia/raza, se superponen, entrelazan e «interceptan» para construir categorizaciones y desigualdades sociales, y caracterizar a los sujetos. Este enfoque reconoce que las personas pueden experimentar opresión y discriminación en múltiples niveles simultáneamente, y que estas experiencias no pueden entenderse de forma

aislada. Por tanto, enfatiza la interdependencia de las diferentes categorías y, como método de análisis, busca estudiar la dinámica de cómo emergen las jerarquías sociales.

En ese sentido, es una herramienta crucial para comprender la complejidad de las desigualdades sociales y las experiencias de opresión que enfrentan las personas en diferentes contextos. Es particularmente relevante para el estudio de Centroamérica, donde las historias de colonialismo, marginalidad, migración, esclavitud y racismo han creado sistemas de opresión interconectados. A pesar de las críticas, la interseccionalidad sigue siendo un concepto dinámico y valioso para el análisis social y la lucha por la justicia social.

Kimberlé Crenshaw (1959), una abogada estadounidense, popularizó el concepto de «interseccionalidad» al utilizarlo como categoría de análisis para comprender las complejidades de las estructuras opresivas, ya que implica un sistema multifacético de opresiones simultáneas y superpuestas, en lo que respecta a la interacción entre la raza y el género. Crenshaw empleó la metáfora de «los caminos que se cruzan» para explicar cómo estas formas de discriminación pueden ser de naturaleza doble, triple o incluso múltiple.

Así pues, la autora admite que no todas las experiencias de discriminación son interseccionales, ya que también pueden darse formas de discriminación única y formas de doble discriminación. Así, se identifican tres tipos de discriminaciones: únicas (por razón de sexo, o de raza/etnia), aditivas (doble discriminación por ser mujer y negra o indígena) o interseccionales (un tipo peculiar de discriminación que emerge de la intersección de diferentes ejes de poder social) (Sales, 2017, p. 232-233).

Además, Crenshaw destaca dos modalidades operativas de interseccionalidad: estructural y política. La primera modalidad, la interseccionalidad estructural, se refiere a la manera en que

los sistemas de discriminación basados en el género, la raza y la clase social se entrelazan, lo que genera repercusiones específicas en la vida de las personas y los colectivos. Es decir, se refiere a la experiencia interseccional que tienen los individuos o grupos que sufren opresiones interseccionales.

En el ámbito del discurso político, el concepto de interseccionalidad política proporciona un marco crítico a través del cual es posible comprender las complejidades en que las estrategias políticas que se concentran exclusivamente en una dimensión singular de la desigualdad tienden a marginar y excluir de sus agendas a las personas o colectivos cuyas experiencias de exclusión son el resultado de la compleja interacción de varios sistemas de opresión que no están aislados sino que están entrelazados. Es decir, hace referencia al marco teórico que subyace a las políticas públicas de igualdad, que visibiliza o no dichas experiencias interseccionales. Estas estrategias políticas, en su enfoque limitado, perpetúan y exacerbando inadvertidamente los sistemas de poder existentes que funcionan de manera coordinada, sin reconocer ni abordar la diversidad interna y la heterogeneidad que existen dentro de los grupos sociales, lo que lleva a una comprensión superficial de los desafíos que enfrentan estos grupos. (Cubillos, 2015)

Para La Barbera (2016) la interseccionalidad es un enfoque que revela que las desigualdades son producidas por las interacciones entre los sistemas de subordinación de género, orientación sexual, etnia, religión, origen nacional, (dis)capacidad¹ y situación socioeconómica, que se constituyen uno a otro dinámicamente en el tiempo y en el espacio. Así, permite concebir el posicionamiento individual como un conjunto indivisible.

¹ Nombre utilizado por María Caterina La Barbera para referirse a para referirse a la «discapacidad» como sistema de subordinación y la vez a la capacidad como condición de privilegio y poder invisibilizado.

Lo anterior, hacer referencia a cómo diversas formas de opresión, como el sexismo, el racismo y el clasismo, no operan de manera aislada, sino que se entrelazan, generando desigualdades complejas y específicas para distintos grupos de mujeres. Este concepto, desarrollado dentro de los estudios de género y Estudios Culturales, evidencia que la discriminación basada en el género se ve agravada por otros factores como la raza y la clase social, lo que da lugar a experiencias de opresión diferenciadas.

La interconexión inextricable entre estas formas de subordinación contribuye a la creación, mantenimiento y refuerzo de desigualdades tanto formales como informales. (La Barbera, 2016) Las desigualdades formales son aquellas establecidas a través de leyes, políticas y estructuras institucionales, como la brecha salarial, la limitación en el acceso a la educación o la subrepresentación en espacios de poder. En contraste, las desigualdades informales están arraigadas en normas sociales, prejuicios y estereotipos que perpetúan la discriminación en la vida cotidiana, por ejemplo, la asignación de roles de género rígidos o la estigmatización de las mujeres racializadas en los medios de comunicación.

Este análisis es fundamental para reconocer que no todas las mujeres experimentan la desigualdad de la misma forma. La interseccionalidad ayuda a entender cómo factores como el origen étnico, la clase social o la orientación sexual agravan o modifican las formas de discriminación que enfrentan. Por ejemplo, una mujer blanca de clase alta puede enfrentar barreras de género en el ámbito laboral, pero cuenta con privilegios que le permiten acceder a mayores oportunidades en comparación con una mujer indígena de bajos recursos, quien enfrenta múltiples formas de exclusión simultáneamente.

Según Tomeu Sales Gelabert (2017), el concepto de interseccionalidad sirve como una crítica fundamental del feminismo negro dirigida hacia el feminismo «hegemónico» y los

paradigmas contra la discriminación racial. Ambos enfoques tienden a concentrar su análisis crítico en una dimensión singular del poder o la opresión (como el patriarcado, el sexismo o el racismo), ocultando así ciertas formas de discriminación que solo pueden reconocerse mediante un análisis de la estructura categórica. Estas discriminaciones que se pasan por alto se entienden como interseccionales.

En consecuencia, la teoría interseccional surge como un marco social y político que se esfuerza por iluminar una serie de prácticas opresivas y discriminatorias que anteriormente no se habían reconocido. Se articula como una teoría crítica que cuestiona las perspectivas feministas por su etnocentrismo y critica las teorías antirracistas por sus fundamentos patriarcales. Así pues, la interseccionalidad es un marco teórico y metodológico clave para comprender la complejidad de las desigualdades sociales. Al analizar la interacción entre distintas formas de opresión, este enfoque permite visibilizar las experiencias diferenciadas de discriminación y cuestionar los mecanismos que perpetúan la subordinación de ciertos grupos. A pesar de las críticas, sigue siendo un concepto dinámico y valioso para el análisis social y la lucha por la justicia social.

2.3 Poder

Desde la perspectiva de Michel Foucault, el poder no es algo que simplemente posean unos pocos para imponerlo sobre otros. Más bien, es una forma particular de relación que se da entre personas, grupos e instituciones. A diferencia de la perspectiva de Louis Althusser, quien veía el poder como una fuerza jerárquica concentrada en manos de un grupo dominante a través de la ideología, Foucault entiende que en las sociedades modernas el poder no se limita a las estructuras oficiales ni a una dirección vertical, de arriba hacia abajo. En cambio, el poder está presente en todas las interacciones sociales; circula y se despliega en cada rincón de la vida cotidiana. No es solo una cuestión del Estado o de las grandes instituciones, cada relación humana está atravesada por

dinámicas de poder, muchas veces sutiles, invisibles o naturalizadas. El poder, por tanto, no es algo estático; puede cambiar de manos, expandirse o reducir su alcance dependiendo de las circunstancias y de quienes lo estén ejerciendo en un momento determinado (Ávila-Fuenmayor, 2006).

El poder, por tanto, no debe entenderse primordialmente como una posesión o un derecho que se tiene y se puede ejercer; tampoco se limita a ser un mero instrumento de mantenimiento de las relaciones de producción y dominación de clase con una funcionalidad puramente represiva o económica. Se concibe fundamentalmente como una estrategia, una relación de fuerzas que se ejerce en múltiples niveles y modalidades dentro de la sociedad, circula a través del tejido social, con diferencias de potencial y desfases.

Una característica fundamental del poder, según Foucault, es su carácter productivo: no se limita únicamente a reprimir, prohibir o censurar, pues, aunque la represión puede ser una de sus manifestaciones, el poder produce lo real, transforma técnicamente a los individuos, crea instituciones y genera saber. En las sociedades modernas, esta producción se manifiesta en la normalización, la preeminencia de la norma sobre la ley, donde la norma interviene continuamente en la vida de los individuos.

Estudiar el poder significa mirar de cerca cómo funciona: entender sus mecanismos, sus efectos, las relaciones que crea y los distintos dispositivos que se ponen en marcha en todos los niveles de la sociedad. Foucault, en particular, se interesó en lo que llamó la «insurrección de los saberes sometidos», es decir, esos conocimientos históricos que habían sido ocultados o silenciados y que, al resurgir, cuestionan la autoridad centralizadora del discurso científico.

Finalmente, no se puede separar el poder del saber. Para Foucault, no existe una relación de poder que no esté acompañada por la creación de un campo de conocimiento, ni un saber que no implique, al mismo tiempo, relaciones de poder. Cada época cultural se organiza a partir de una «episteme», una especie de marco fundamental que define qué se puede decir y qué debe silenciarse, y que da forma a la manera en que interpretamos el mundo. En las sociedades disciplinarias, por ejemplo, el saber médico tiene un rol clave: a través de él, se clasifican, controlan y normalizan a aquellos sujetos que son considerados «anormales» (Foucault, 1995).

2.4 Dominación y resistencia

Julie Rivkin y Michael Ryan proponen una mirada dinámica sobre la cultura, al entenderla no como un espacio neutral, sino como un verdadero campo de batalla. Para ellos, la cultura funciona tanto como una herramienta de dominación, que ayuda a mantener el poder de una clase o grupo sobre otros, como un espacio de resistencia, donde se articulan voces que desafían ese control. Desde esta perspectiva, la cultura es el escenario donde distintas posiciones y visiones de la realidad, a menudo enfrentadas, luchan por imponerse unas sobre otras. Así, el poder no solo circula en formas de sometimiento, sino también a través de múltiples expresiones de resistencia, operando en diferentes niveles y por diversos medios.

Kendall y Wickham forman parte de los estudiosos que señalan la influencia de Michel Foucault y su teoría sobre poder y saber en los Estudios culturales, en tanto la cultura está atravesada por relaciones de poder. El poder es ubicuo y dependiente de las bases de saber que se reproducen en la cultura, a través de distintas manifestaciones culturales (Kendall & Wickham, 2012).

La dominación constituye un proceso complejo y multifacético mediante el cual determinados grupos o clases sociales ejercen control y poder sobre otros dentro de la estructura social. Lejos de reducirse a manifestaciones explícitas de coerción o violencia física, este fenómeno implica, en muchos casos, formas de aceptación voluntaria o consensual en distintos grados por parte de los sujetos subordinados. Desde esta perspectiva, la hegemonía, concepto fundamental en la obra de Antonio Gramsci, permite comprender un tipo específico de dominación en el cual los valores, normas y cosmovisiones de las clases dominantes se naturalizan hasta convertirse en un «sentido común» compartido incluso por aquellos grupos que ocupan posiciones subalternas (Szurmuk & Mckee, 2009).

Este proceso de legitimación del poder se materializa a través de instituciones y prácticas sociales (como el sistema educativo, las estructuras religiosas y los dispositivos culturales) que reproducen y difunden la ideología dominante. Así, se suscita la hegemonía, que no solo se impone desde arriba, sino que se internaliza en la vida cotidiana, configurando las percepciones, aspiraciones y conductas de los individuos. En este marco, el análisis de la dominación exige una mirada crítica que trascienda lo aparente, reconociendo tanto sus dimensiones coercitivas como sus mecanismos sutiles de reproducción simbólica.

Desde la perspectiva de Pierre Bourdieu, la dominación se manifiesta dentro de los «campos» como sistemas de posiciones individuales definidas por la estructura y la cantidad de capital que se posee (económico, cultural, social, simbólico). Los campos son espacios de lucha por la dominación que generan estrategias de conservación, resistencia y subversión. La dominación, por lo tanto, no tiene una sola dirección, y los actores ocupan diferentes posiciones según la estructura analizada (Bourdieu, 1998).

Es importante señalar que la dominación también opera a través de mecanismos discursivos. Las fuerzas sociales establecen un «régimen de verdad» que determina qué tipos de discursos son aceptables y, por lo tanto, legitiman ciertas formas de conocimiento y poder. En este contexto, la cultura puede ser utilizada como una «tecnología de control» y un «mecanismo de poder» donde los sistemas de dominación encuentran un vehículo.

Por otro lado, la resistencia no puede entenderse simplemente como una reacción automática frente al poder. Más bien, es una parte esencial de él, ya que el poder mismo se construye como una relación de fuerzas en constante tensión y desequilibrio. La resistencia se expresa de maneras múltiples y creativas, desplegada por los propios sujetos que la encarnan. Es, en realidad, una energía vital que atraviesa toda sociedad y que, lejos de ser una simple respuesta, hace posible su movimiento, su transformación y su existencia misma.

La resistencia puede adoptar diversas formas. A nivel individual, puede ser una oposición directa a los embates del exterior, una fuerza de intervención que afecta el espacio circundante, o una relación del sujeto consigo mismo, un diálogo interno constante. En el ámbito social y político, la resistencia se expresa en las acciones de grupos subalternos, clases populares, migraciones, movimientos sociales, artísticos y culturales. También es un elemento clave en los estudios de género y en el análisis de la recepción y el consumo de bienes culturales.

En el contexto poscolonial, la resistencia puede manifestarse como esfuerzos para descolonizar y lograr una nueva articulación de las identidades, por ejemplo: la desterritorialización puede ir seguida de la reterritorialización como una forma de resistencia a la pérdida de la conciencia del territorio.

En las dinámicas de resistencia no puede olvidarse de los cuerpos de los sujetos, ya que actúa y se encarna en ellos. La experiencia de los sujetos está marcada por las formas de resistir que definen su estilo y el de sus comunidades. En última instancia, la resistencia es fundamental para entender la dinámica social y política, y su estudio es imprescindible en los Estudios Culturales.

2.5 Oposición y desigualdad estructural

La opresión y la desigualdad estructural son fenómenos profundamente entrelazados en los diferentes marcos sociales, influyendo en diversos aspectos de la vida, incluida la dinámica familiar, el acceso a los recursos y la justicia social; por tanto, afectan significativamente a individuos y comunidades, particularmente a los grupos marginados. Estos problemas se manifiestan a través de barreras sistémicas que limitan el acceso a recursos y oportunidades, que se manifiestan a través del racismo sistémico, sexismo, y otras formas de marginación, dando forma a las experiencias de individuos y comunidades; lo que lleva a resultados psicológicos y sociales adversos (Insulza, 2014). Comprender las dinámicas y complejidades de la opresión y la discriminación requiere examinar su naturaleza multifacética y la interseccionalidad de diversas identidades.

La opresión se refiere a un sistema de relaciones sociales que perpetúa la subordinación de un grupo sobre otro, mientras que la desigualdad estructural se refiere a las formas en que las instituciones y las normas sociales perpetúan esta subordinación. Según la teoría feminista, la opresión de género se manifiesta en diversas esferas de la vida, incluyendo la política, la economía y la cultura (Cagigas, 2000). En Centroamérica, la historia de colonialismo, guerra y desigualdad económica ha creado un contexto en el que las mujeres y otros grupos marginalizados enfrentan múltiples formas de opresión.

Por otra parte, la desigualdad estructural se refiere a las condiciones sistémicas que crean y mantienen disparidades y desventajas sistemáticas, que se arraigan en las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales de una sociedad, en el acceso a recursos y oportunidades, afectando desproporcionadamente a ciertos grupos, como mujeres, personas con discapacidad y comunidades indígenas (Solís, 2017). Estas desigualdades no son simplemente el resultado de diferencias individuales, sino que se perpetúan a través de normas, instituciones y prácticas que favorecen a ciertos grupos sobre otros.

El sociólogo Pierre Bourdieu, propone los conceptos de «campo» y «capital», a través de los cuales es posible entender la dinámica en los movimientos y funciones estructurales de los diferentes actores sociales, una dinámica regida por relaciones de poder, es decir, permite comprender cómo opera la desigualdad estructural.

Un campo es un sistema de posiciones individuales (caracterizadas por el habitus de sus miembros) que se definen por la estructura y la cantidad del capital que se posee. [...] Un campo no puede pensarse fuera de las estructuras de dominación, ya que lo que lo caracteriza es la desigualdad en las posiciones. Por ello, un campo es siempre un espacio de lucha por la dominación que genera estrategias de conservación, resistencia, subversión. La dominación, de acuerdo al habitus y al capital, no tiene una sola dirección y los actores tienen diferentes posiciones de acuerdo con la estructura que se analice (Szurmuk & Mckee, 2009, p. 90).

Así pues, un campo es un espacio social donde los individuos compiten por recursos y posiciones, según Bourdieu, se identifican:

- **Capital Económico:** Se refiere a los bienes materiales y financieros, como acciones, tierras, trabajo, patrimonio.
- **Capital Cultural:** Abarca los conocimientos, habilidades, educación y credenciales que valoriza una sociedad.
- **Capital Social:** Incluye las redes sociales, conexiones y relaciones que un individuo puede movilizar.
- **Capital Simbólico:** Se refiere al prestigio, reconocimiento y legitimidad que un individuo o grupo posee.

El acceso a estos recursos y posiciones está determinado por la posesión de diferentes tipos de capital. Es decir que, la desigualdad estructural se manifiesta en la distribución desigual de estos tipos de capital. Aquellos que poseen más capital tienen mayores oportunidades y ventajas, mientras que aquellos con menos capital enfrentan barreras y desventajas sistemáticas. Esta desigualdad genera una lucha constante por la dominación dentro de los campos, con estrategias de conservación, resistencia y subversión.

2.6 Género y feminismo decolonial

El género es una categoría central para el feminismo y los estudios sobre las mujeres que evidencia cómo la sociedad se organiza de manera binaria y oposicional. A diferencia del sexo, que se vincula con las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, el género se refiere a los rasgos construidos culturalmente atribuidos a la masculinidad y la feminidad. Esta distinción surgió como una crítica al esencialismo biológico y a la naturalización de roles asociados con lo masculino y lo femenino (Szurmuk & Mckee, 2009).

Durante las décadas de 1970 y 1980, el concepto de género abrió nuevas formas de pensar sobre la desigualdad histórica entre hombres y mujeres, cuestionando cómo la pertenencia a un sexo había definido tradicionalmente los roles que cada quien debía asumir. Esta categoría puso en evidencia que las fronteras entre las nociones de masculinidad y feminidad no son rígidas, sino porosas y cambiantes. Desde esta perspectiva, el género también se convierte en una herramienta de resistencia frente a los guiones culturales fijos y universales que pretenden encasillar a las personas.

Sin embargo, la definición de género es compleja y polisémica. En Latinoamérica, el término ha sido objeto de debate sobre su necesidad y aplicabilidad, considerando las particularidades de las tradiciones y problemáticas locales. A pesar de esto, el género se ha convertido en una categoría de análisis útil si se concibe como una construcción epistemológica abstracta e ideal, reconociendo su materialización e impacto real y medible en los conglomerados sociales. Su eficacia radica en su poder explicativo y potencialmente transformador al dar cuenta de las numerosas variaciones y facetas donde lo simbólico se encarna en realidades sociales determinadas (Pérez, 2021).

Desde la crítica literaria feminista, se ha insistido en la necesidad de analizar cómo la literatura reproduce o subvierte los roles de género tradicionales. En el caso de Belli, su narrativa articula una mirada crítica hacia las estructuras patriarcales, mostrando a mujeres que buscan redefinir su lugar en una sociedad atravesada por la revolución y el autoritarismo.

Asimismo, una perspectiva antirracista permite identificar las huellas del colonialismo y del racismo estructural en la configuración de los personajes y sus relaciones sociales. Como señala Aníbal Quijano (2000), la colonialidad del poder sigue modelando las jerarquías raciales en

América Latina, lo que implica que en la lectura de textos como «La mujer habitada» es crucial atender a las representaciones de la otredad étnica y al silenciamiento de ciertos cuerpos.

El feminismo decolonial, por su parte, se entiende como una corriente del pensamiento feminista que critica las estructuras de poder patriarcales entrelazadas con los legados del colonialismo y la colonialidad en América Latina. A diferencia de ciertos feminismos occidentales que pueden universalizar la experiencia de las mujeres, el feminismo decolonial reconoce la intersección de múltiples sistemas de opresión, incluyendo el género, la raza, la clase, la etnia y la sexualidad, como constitutivos de las experiencias de las mujeres en contextos poscoloniales.

Este enfoque se nutre de la crítica al eurocentrismo presente en algunas teorías feministas y en la concepción moderna del sujeto. Busca descolonizar el saber feminista, dando voz a las subjetividades desplazadas, heterogéneas y subalternizadas por la historia colonial y las estructuras de poder contemporáneas. El feminismo decolonial se interesa por las «insurrecciones de los saberes sometidos», reconociendo las epistemologías y experiencias de las mujeres indígenas, afrodescendientes y otras mujeres marginalizadas como fundamentales para comprender y transformar las relaciones de poder (Gómez, Saldarriga, López, & Zapata, 2017).

Finalmente, el feminismo decolonial reconoce la interconexión entre las luchas contra la opresión de género y las luchas por la descolonización del poder, el saber y el ser en América Latina.

2.7 Roles y estereotipos de género

Los roles de género en Centroamérica están profundamente arraigados en la cultura y la tradición. Las expectativas sociales dictan que los hombres deben ser los proveedores y protectores, mientras que las mujeres son vistas como cuidadoras y responsables del hogar (Bourdieu, 1998). Estos roles

son reforzados por instituciones como la familia, la escuela y los medios de comunicación. La construcción de estos roles no solo limita las oportunidades de las mujeres, sino que también impone restricciones a los hombres, quienes a menudo se sienten presionados a cumplir con estándares de masculinidad (y de feminidad) que pueden ser perjudiciales para su salud mental y emocional (Connell R., 2003).

Por su parte, los estereotipos de género son creencias simplificadas que se asocian con lo que se considera «apropiado» para hombres y mujeres. En Centroamérica, estos estereotipos pueden manifestarse en la percepción de que las mujeres son menos capaces en campos como la ciencia, la política o la economía. Por otro lado, los hombres son a menudo desalentados a expresar vulnerabilidad o a asumir roles de cuidado. Estos estereotipos no solo perpetúan la desigualdad, sino que también contribuyen a la violencia de género, ya que se normalizan actitudes de dominación y control.

Los estudios de género, particularmente desde el feminismo literario, analizan cómo la literatura representa, reproduce o subvierte las construcciones culturales de lo masculino y lo femenino. Los roles y estereotipos de género son construcciones históricas que asignan tareas, valores y conductas diferenciadas a los sujetos, legitimando jerarquías sociales. En «La mujer habitada», la protagonista desafía las normas tradicionales de género al involucrarse en la lucha revolucionaria, reconfigurando el imaginario de lo femenino en una sociedad conservadora.

La novela despliega una serie de personajes que encarnan y a la vez transgreden los estereotipos de género predominantes en las sociedades centroamericanas tradicionales. Lavinia, la protagonista, enfrenta los mandatos de feminidad ligados a la domesticidad y la sumisión, optando en cambio por la participación activa en la lucha revolucionaria. Este tránsito de lo privado

a lo público constituye una ruptura simbólica con las expectativas culturales impuestas a las mujeres (Segato, 2003).

Al mismo tiempo, los personajes masculinos también son problematizados, mostrando cómo el patriarcado no solo oprime a las mujeres, sino que también configura formas rígidas de masculinidad que demandan ser cuestionadas.

2.8 Raza y colonialidad

La raza es una categoría fundamental en la interseccionalidad, especialmente en contextos poscoloniales como Centroamérica. Puede entenderse principalmente como una construcción social, cultural e histórica, más que una categoría biológica (Szurmuk & Mckee, 2009). Los estudios culturales se alejan de las nociones esencialistas de raza y se centran en cómo las ideas sobre la raza son creadas, mantenidas y transformadas a través de discursos, prácticas sociales, instituciones y relaciones de poder.

El concepto de raza, como constructo colonial, surge como un dispositivo de poder durante la colonización europea en América, funcional a la jerarquización social y la explotación económica (Quijano, 2000). En Centroamérica, la racialización operó mediante:

- Mestizaje forzado: Políticas que buscaban diluir identidades indígenas y afrodescendientes mientras se privilegiaba lo europeo (Casaus, 2007).
- Hegemonía criolla: Elites que reprodujeron estructuras coloniales bajo narrativas de «blanqueamiento» (Gould, 1998).

Los estudios culturales analizan la raza como una de las múltiples formas de poder que estructuran la sociedad. Se examina cómo las nociones de raza se utilizan para establecer y

mantener «sistemas de inclusión y exclusión», así como para legitimar desigualdades sociales, políticas y económicas. La raza, junto con el género, la clase y el colonialismo, es una categoría a través de la cual opera la dominación (Wortman, 2007).

Así mismo, la raza se entiende como una «práctica significativa de representación» que genera significados y prácticas materiales. Las categorías raciales y las jerarquías asociadas no son inherentes, sino que son producidas y reproducidas a través del lenguaje y otros sistemas de representación (Baker, 2012). Lo que se toma por «verdadero» sobre la raza es una construcción discursiva aceptada por un grupo específico en un momento histórico particular.

La colonialidad del poder, un concepto desarrollado por Aníbal Quijano, permite analizar cómo las jerarquías raciales impuestas durante la colonia continúan influyendo en las dinámicas de poder en la actualidad. En la novela, la relación entre Lavinia e Itzá evidencia la persistencia de estas jerarquías y la necesidad de descolonizar las estructuras de poder (Quijano, 2000).

2.9 Otredad o alteridad

Históricamente, la otredad se ha definido como una «tendencia constante del pensamiento occidental» de identificar a «lo Otro» a partir del lenguaje de «lo Mismo», es decir, que busca suprimir la diferencia. Sin embargo, los Estudios Culturales en su compromiso con la intervención política y la desarticulación de las jerarquías la alteridad busca dismantelar esta lógica de la dominación a través del análisis de la cultura.

En ese sentido, la otredad es la categoría que permite el análisis en la constitución del sujeto a partir del reconocimiento del «otro» como diferente y, al mismo tiempo, constitutivo. No se trata de conocer o asimilar al otro dentro de lo mismo, sino de asumir una relación ética y heterónoma, como propone Emmanuel Lévinas (1987), en la que el sujeto se define por su responsabilidad hacia

el otro, figura encarnada por personajes vulnerables como: el pobre, la viuda, el huérfano, el extranjero.

Por otra parte, desde la perspectiva del pensamiento latinoamericano, esta relación se amplía hacia una Ética de la Liberación (Dussel), que comprende a los sujetos históricamente excluidos: mujeres, indígenas, migrantes, víctimas de la violencia; como los «otros» desde los cuales se interroga la modernidad y se construyen proyectos emancipadores.

Asimismo, la otredad se manifiesta como espacio de frontera y de hibridación, donde las identidades se negocian y se reconfiguran frente a los discursos coloniales, de género, raza o clase.

Desde la perspectiva interseccional, la otredad no es una categoría fija sino un proceso relacional y múltiple, en el que las diferencias (raciales, sexuales, culturales, económicas) se entrecruzan produciendo posiciones de desigualdad y resistencia. Pensar la otredad implica reconocer que los sistemas de poder (patriarcado, colonialismo, capitalismo) configuran simultáneamente las experiencias del «otro», y que toda identidad está tejida en esa red de relaciones asimétricas.

En los Estudios Culturales la otredad se manifiesta mediante las siguientes categorías:

- Heterogeneidad: Define un discurso o realidad cultural donde el productor pertenece a un mundo distinto al de su referente. La heterogeneidad enunciativa describe discursos marcados por concepciones y filiaciones distintas, producidos en la tensión inherente a las sociedades latinoamericanas. Este concepto refleja la fragmentación cultural en mundos opuestos y antagónicos (letrado vs. oral, occidental vs. indígena), y subraya la pluralidad, contradicción e inestabilidad de toda identidad (Cornejo, 1978).

- **Hibridez:** Aunque el concepto de alteridad está implícito en la noción de hibridación, el término se utiliza para analizar la mezcla y las interacciones interculturales en el contexto de la modernidad y la globalización. El objetivo de este término es superar las dicotomías (como «hegemónico y subalterno», «tradicional y moderno», o «culto y popular»), entendiendo que las culturas no existen de forma pura, sino como resultado de estas constantes fusiones. No obstante, se ha criticado que la visión celebratoria de la hibridación puede opacar las asimetrías reales de poder y prestigio que definen la otredad.

En definitiva, la otredad o alteridad se configura como un campo de lucha discursiva que utiliza herramientas interdisciplinarias para deconstruir las jerarquías de la representación, dar visibilidad a las subjetividades y culturas tradicionalmente silenciadas, y exponer las contradicciones inherentes a la constitución de la diferencia en contextos de colonialidad, globalización y modernidad incompleta.

2.10 Sexualidad y cuerpo

En «La mujer habitada» (1988), Gioconda Belli explora la sexualidad y el cuerpo femenino como espacios de resistencia y autonomía, desafiando los discursos patriarcales que históricamente han buscado controlarlos.

En los Estudios Culturales, la sexualidad se concibe como una construcción social e histórica. Se cuestiona la idea de una sexualidad natural, asocial, eterna e inmutable, preexistente a la vida social. En cambio, se enfatiza cómo los significados de la sexualidad se configuran en situaciones sociales (Szurmuk & Mckee, 2009).

La perspectiva dominante durante la modernidad pretendía explicar los fenómenos humanos en términos de fuerzas biológicas, pero los Estudios Culturales demuestran que la sexualidad es una invención histórica basada en las posibilidades del cuerpo, cuyos significados se configuran socialmente.

En ese mismo sentido, Foucault (1976) demostró que la sexualidad no es un hecho natural, sino un dispositivo de poder regulado por discursos médicos, religiosos y estatales. Para el feminismo, este control ha sido central en la subordinación de las mujeres (Rubin, 1984). Los trabajos de Foucault introducen un enfoque histórico en el estudio de la sexualidad, en oposición a la mirada esencialista. Para Foucault, es imposible entender el cuerpo sin las mediaciones de la cultura, ya que la sexualidad implica una constitución histórica donde se reúnen múltiples posibilidades biológicas y mentales que no están vinculadas de manera natural.

El poder afecta las conductas individuales y controla el placer cotidiano a través de discursos que reglamentan el sexo. Desde el siglo XVIII, el sexo de niños y adolescentes se convirtió en un objetivo importante, alrededor del cual se erigieron dispositivos institucionales y estrategias discursivas.

Los estudios culturales cuestionan la conceptualización de la diferencia sexual no como un indicador simple y unívoco, sino como un conjunto complejo de elementos que se asientan en el cuerpo, pero no se agotan en la anatomía. No existe una relación directa entre una sexualidad biológica y sus manifestaciones psicosociales, simbólicas y culturales.

Por otra parte, autoras como Audre Lorde (1984) reivindicaron el erotismo como fuente de poder femenino, mientras que Hooks (1994) lo vincula con la liberación política. La sexualidad,

desde esta mirada, no se reduce a lo privado, sino que es un campo de lucha contra el patriarcado y la heteronormatividad.

El estudio de la sexualidad desde la perspectiva interseccional ha ampliado el análisis de la sexualidad al considerar cómo la raza, clase y colonialidad configuran experiencias eróticas diferenciadas. Así, la libertad sexual de las mujeres está condicionada por su posición dentro de estructuras de poder.

De ahí que, el cuerpo es concebido como un espacio de control y resistencia dentro de los estudios feministas. Según Butler (1990), el género es una performatividad corporal regulada por normas sociales, mientras que Federici (2010) analiza cómo el capitalismo y el patriarcado han disciplinado históricamente los cuerpos de las mujeres para mantener estructuras de dominación.

El cuerpo se constituye en problema teórico y herramienta metodológica para los estudios culturales al pensarlo como resultado de procesos históricos y lógicas políticas. Los estudios culturales aspiran a responder a la pregunta por la historia política de los cuerpos. A diferencia de tradiciones que ven el cuerpo como una realidad ahistórica, los Estudios Culturales parten de la premisa de que el cuerpo es el resultado de historias específicas y de tecnologías políticas que constantemente problematizan su estatuto y lugar en el mundo social, el orden cultural y el dominio de lo natural.

Los Estudios Culturales trabajan la inscripción del cuerpo en la historia, leyendo dominios diversos como la sexualidad, la alimentación, la belleza, la percepción, la performatividad social, los hábitos individuales, las razas y las políticas reproductivas como series históricas en relación con dispositivos de poder, saberes y modos de la experiencia subjetiva. Cuerpo, historia y política

forman un mapa recurrente, convirtiendo al cuerpo en un material que exhibe los dispositivos políticos y las series históricas que lo producen y transforman.

Por tanto, el cuerpo se torna un lugar de intersección entre los discursos culturales y una multiplicidad de otros discursos (médicos, policiales, económicos, biológicos, etc.) que exponen zonas de opacidad respecto de las tradiciones culturales. En relación con el género y la sexualidad, la dimensión histórica del cuerpo cobra especial relevancia, volviéndose visibles como efectos de tecnologías y prácticas. Las operaciones de asignación genérica y de identidad sexual son procesos a través de los cuales la inscripción social del cuerpo tiene lugar (Butler, 1990).

Capítulo III: Marco metodológico

3.1 Enfoque de investigación

El presente estudio se llevará a cabo desde una perspectiva metodológica cualitativa. Los estudios cualitativos se consideran particularmente apropiados para investigaciones en el ámbito literario, ya que «la metodología cualitativa suele asociarse al uso de palabras, descripciones, viñetas y relatos, en contraposición a la utilización de cifras, tablas, pruebas de significación y modelos estadísticos» (Ruiz e Ispizua, 1989, p. 19). En efecto, la investigación cualitativa se destaca por su capacidad de interpretar significados en lugar de cuantificar datos, utilizando técnicas como la guía de análisis literario en el contexto de la crítica literaria. En el caso específico que se examina, se procederá a describir el contexto de producción de la obra y se explorará la vida y el trabajo de la escritora Gioconda Belli como figura histórica.

Así pues, esta perspectiva es fundamental para los Estudios Culturales aplicados a la literatura, ya que el objetivo no es cuantificar datos, sino interpretar y comprender en profundidad los significados de un objeto cultural. El enfoque cualitativo permite el análisis de la obra literaria como un constructo discursivo, explorando las categorías de la interseccionalidad (género, clase, raza/etnia, entre otros) tal como se configuran en la narrativa. Se centra en el análisis de palabras, descripciones y relatos para interpretar significados en lugar de cuantificar datos.

3.2 Diseño de la investigación

La investigación se estructura de la siguiente manera: en primer lugar, se llevará a cabo una búsqueda de conocimiento preexistente en fuentes como libros, artículos académicos y tesis, entre otros; es decir, se recogerá toda la información disponible sobre la autora en cuestión y su obra. El

enfoque del estudio se centrará en la recopilación de datos, su organización, presentación y fundamentación integral. En segundo lugar, con la información obtenida, se procederá a realizar un análisis detallado de la obra objeto de estudio y, posteriormente, se presentarán los resultados finales.

En relación con el tipo de investigación, es crucial identificarlo, dado que «determinar el tipo de estudio es fundamental, ya que de él dependerá la estrategia a utilizar» (Calderón, 2008, p. 59). En este contexto, se ha clasificado esta investigación como de tipo exploratorio. Esta categorización se fundamenta en el hecho de que el tema abordado en este estudio no ha sido tratado en profundidad, como lo evidencian los antecedentes de investigación: «Los estudios exploratorios sirven para familiarizarse con un fenómeno relativamente desconocido. Son importantes ya que proporcionan información valiosa sobre la viabilidad de desarrollar investigaciones más exhaustivas o dirigidas a un contexto específico» (Calderón, 2008, p. 60). Esta investigación se constituirá como un primer acercamiento al tema analizado.

3.3 Tipo de investigación

La investigación es de tipo analítico-hermenéutico, con un diseño bibliográfico-documental.

Es analítica porque descompone la obra literaria en sus unidades y categorías operativas (personajes, discursos, tramas, símbolos) para examinarlas sistemáticamente con base en la teoría interseccional. Es hermenéutica porque su fin último es la interpretación crítica de la obra, generando un nuevo sentido sobre cómo las opresiones de género, clase y etnia se entrelazan y coproducen en la novela.

En ese sentido, su objetivo principal consiste en explicar e interpretar las categorías operativas de la interseccionalidad, tales como raza, género, clase y otros factores sociales que

influyen en las relaciones sociales en la obra que constituye el corpus de análisis de esta investigación. Esta novela fue publicada en los primeros años del siglo XXI. En este contexto, y dado un nuevo marco de referencia, se sostiene que la interseccionalidad ha tomado un nuevo rumbo. En consecuencia, el análisis literario implicará un recuento de los elementos estructurales de la literatura de posguerra y de aspectos relacionados con los ejes temáticos y tendencias predominantes en esta. Otro aspecto que será abordado es la aplicación de los elementos de la narratología para comprender la interrelación entre el discurso y el relato, lo cual facilitará la comprensión de diversos aspectos de la obra.

Como parte del componente de los Estudios Culturales, se considerarán los estudios de género desde una perspectiva feminista. Esto permitirá realizar una crítica de los aspectos de la realidad intratextual que se vinculan con desigualdades, discriminación y opresión.

Por lo tanto, el presente estudio se caracterizará por ser descriptivo y crítico, dado el carácter y naturaleza de la investigación en relación con la aplicación de una categoría de análisis a un objeto cultural.

3.4 Técnicas e instrumentos

En esta investigación ha sido fundamental la búsqueda de información y el análisis documental y de contenido mediante técnicas de recolección de datos. Las técnicas, según Baena (1993), son «los pasos que ayudan al método a obtener su propósito» (p. 10). En este sentido, la investigación se ha distinguido por utilizar la técnica documental, que, según Duverger (como se citó en Baena, 1996, p. 31) «equivalen a la memoria de la humanidad, registrada en cada uno de los objetos sobre los que ha dejado huella el ser humano». Es importante aclarar que la técnica documental se subdivide en otras técnicas, cada una de las cuales posee su instrumento de recolección de datos.

El instrumento central para el análisis del corpus es una guía de análisis literario de base interseccional. Esta guía consiste en un conjunto de categorías operativas derivadas del marco teórico, diseñadas para rastrear sistemáticamente la intersección de los ejes de opresión en el texto.

Las categorías centrales de esta guía son:

- Eje de género: Análisis de roles, mandatos, estereotipos, violencia de género y formas de agenciamiento femenino (en el ámbito doméstico, político y militar).
- Eje de clase: Identificación de marcadores de clase social (origen burgués de Lavinia), conciencia de clase y su tensión con la militancia revolucionaria.
- Eje de raza/etnia: Análisis de la función de la memoria indígena como articuladora de una opresión histórica y su superposición simbólica con la lucha de género de la protagonista.

De esta manera, para esta investigación se emplearon dos instrumentos. El primero es la reseña bibliográfica, en la que se elaboró un sistema de fichas resumen que consistían en una descripción del contenido de cada texto leído. Así, cada texto leído fue registrado en una ficha de resumen informativo, facilitando la búsqueda de ideas esenciales para efectos de análisis; el segundo instrumento es la guía de análisis literario, cuyo propósito es identificar, por un lado, aspectos específicos de las escritoras y, por otro lado, aspectos relevantes para esta investigación en el texto literario. El análisis del corpus se presentará en los hallazgos en formato de ensayo.

3.5 Muestra de estudio

La muestra de estudio para esta investigación es la novela «La mujer habitada» (1988) de la escritora nicaragüense Gioconda Belli.

La selección de esta obra se fundamenta en su densidad histórica y temática como texto fundacional de la literatura revolucionaria y feminista centroamericana. Los criterios de selección son:

1. Contexto Histórico: Publicada en 1988, la novela es un producto directo de la Revolución Sandinista. Enmarcada en las tensiones ideológicas de finales del siglo XX, ofreciendo una trama que representa cómo se negociaba la lucha de clases (la revolución), la lucha de género (la emancipación femenina) y la memoria étnica (la herencia indígena).
2. Temática: La obra articula explícitamente múltiples ejes de opresión a través de sus protagonistas (Lavinia e Itzá). Permite rastrear cómo el género, la clase social (el origen burgués de Lavinia) y la raza (la memoria de la resistencia indígena de Itzá) no operan de forma aislada, sino que se interceptan, lo que la convierte en un objeto ideal para un análisis interseccional.
3. Autoría: Fue escrita por una autora centroamericana que fungió como sujeto activo dentro de los procesos políticos que narra, lo que ancla el texto en una experiencia de la región.

Con base en estos tres criterios, se seleccionó la obra «La mujer habitada» de la escritora nicaragüense Gioconda Belli.

Capítulo IV: Análisis e interpretación de la construcción de la interseccionalidad en la novela: *La mujer habitada*, de la escritora nicaragüense Gioconda Belli

4.1 Gioconda Belli: vida y obra

En el panorama de la literatura centroamericana del siglo XX, la figura de Gioconda Belli, es una de las voces destacadas y relevantes de la literatura nicaragüense y latinoamericana de las últimas décadas; destaca como un punto de inflexión, una voz central y transgresora que redefine los márgenes del compromiso político y la subjetividad femenina.

Su obra se inscribe en la corriente que el crítico Ramiro Lagos (1990) ha denominado «poesía social revolucionaria femenina» de Nicaragua, un movimiento que, como señala Lagos, se convierte en «portavoz del dolor del mundo entero con hambre y sed de justicia». Junto a autoras como la guatemalteca Ana María Rodas, cuya obra *Poemas de la izquierda erótica* (1973) representó una «contraépica feminista» y una «verdadera renovación» del discurso poético regional; Belli se erigió como una de las principales fuerzas que reconfiguraron el imaginario literario. Desde sus primeros versos, se posicionó en un territorio interseccional: la lucha por la liberación nacional y la emancipación de la mujer, dos procesos que en su universo creativo no solo coexisten, sino que se nutren y legitiman mutuamente (Lagos, 1990).

Gioconda Belli Pereira nació en Managua en 1948, en el seno de una familia acomodada que le permitió acceder a una formación integral y de alto nivel. Realizó sus estudios en España, en el Real Colegio Santa Isabel de Madrid y en Estados Unidos, donde se especializó en periodismo y publicidad. Esta trayectoria académica fortaleció su dominio intelectual y cultural, también le permitió construir una visión del mundo, influyendo posteriormente en su sensibilidad literaria y compromiso político. Su trayectoria se caracteriza por la intersección entre su vida, su

militancia política y su producción artística, forjando un universo literario que trasciende los límites genéricos y temáticos.

A pesar de su origen privilegiado, Belli experimentó las limitaciones impuestas a su sexo en una sociedad patriarcal. En sus palabras, su vida fue marcada por dos realidades que no decidió: el país donde nació y el sexo con el que vino al mundo. Esta intersección de clase y género la llevó a una postura de rebeldía y compromiso.

Su narrativa articula una poética donde la revolución política y la emancipación de la mujer son procesos interrelacionados, y que su principal mecanismo de fusión es la *mythopoesis*: la reinterpretación y creación de mitos para forjar un nuevo sujeto femenino latinoamericano, a través de un diálogo sincrético con el pasado precolombino, la tradición grecolatina y la naturaleza de su tierra, Belli construye un sujeto histórico, mestizo y transformador de la sociedad (Lafita, 2016).

Para comprender la magnitud del proyecto literario de Gioconda Belli, es necesario analizar su trayectoria vital, ya que el elemento autobiográfico constituye, como señala Mónica García Irlés (1999), un pilar fundamental en su producción. Este componente no solo el contexto en que se enmarca, sino una fuerza unificadora que fusiona de manera inseparable su compromiso político con el sandinismo, su posterior ruptura con la cúpula del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y su vida sentimental. Su escritura es, en esencia, un testimonio donde la historia personal y la historia colectiva de Nicaragua se entrelazan.

Esta intersección de su biografía con la historia de Nicaragua convierte el tema de la revolución en el eje central de su universo creativo. Su vida, marcada por el compromiso, el exilio, el poder y el desencanto, proporciona la materia prima para una obra que es, a la vez, testimonio

personal y crónica de una nación, sentando las bases para el análisis de la utopía, la lucha y la construcción de una nueva identidad.

Desde el inicio de su compromiso, Belli asumió una doble militancia, entendiendo que, en palabras de García Irles (1999), «revolución y feminismo son dos caras de la misma moneda» (p. 113). Para ella, no se trataba de dos luchas separadas, sino de un único proceso de liberación. En su visión, la revolución era el instrumento mediante el cual la mujer podría finalmente conquistar su verdadero lugar en la sociedad, como actor de transformación, un espacio de igualdad que el sistema patriarcal le había negado. Por tanto, su obra se convierte en el escenario de esta doble contienda: contra la opresión política y contra la subyugación de género.

Conviene mencionar que, la evolución político-literaria de Belli permitió que en su obra se reflejara las esperanzas y contradicciones de su generación. Su militancia temprana en el FSLN la llevó a participar en misiones clandestinas contra la dictadura somocista, una experiencia que la forzó a un exilio en México y Costa Rica y que la situó de lleno en la corriente poética del «coloquialismo o exteriorismo», caracterizada por su compromiso con la realidad social (Zamora, 1991). Tras la victoria de 1979, Belli regresó a Nicaragua para asumir diversos cargos en el gobierno sandinista. Sin embargo, con el paso de los años, sus relaciones con la dirigencia del FSLN se deterioraron, culminando en una ruptura definitiva a mediados de los años noventa.

Su primera novela, *La mujer habitada*, representa la lucha contra la dictadura somocista en la década de 1970. En sus páginas se retrata una sociedad oprimida, la corrupción del poder y el inicio de una nueva etapa en la lucha guerrillera. La obra constituye lo que la crítica ha denominado «espacio de denuncia y de compromiso», construyendo así una aproximación a la violenta realidad centroamericana. A través de la historia de Lavinia, una joven arquitecta de clase acomodada que se une al Movimiento, Belli explora las motivaciones y sacrificios de una generación que apostó

su vida por un ideal de justicia social. En contraste, la novela *Waslala* (1996) es un espejo del desencanto y la desilusión con el final de esa utopía. Escrita tras la derrota electoral del sandinismo, la obra es una crítica contundente a los líderes del FSLN. Con estas novelas, Belli demuestra que la revolución social y la revolución personal son facetas de una misma búsqueda de identidad. Su narrativa transita entre la utopía revolucionaria al desencanto, pero que nunca abandona la convicción en la capacidad humana para transformar la realidad.

En el ámbito de la historia literaria su contribución más destacable radica en la construcción de un nuevo sujeto femenino: una figura activa y transgresora, plenamente consciente de su poder erótico y político. Es un sujeto que rompe con los roles impuestos por el patriarcado y que se reapropia de su cuerpo como herramienta de liberación, además, explora la compleja identidad mestiza de Latinoamérica, esta «mujer nueva» se nutre de la memoria de la resistencia indígena y se fusiona con el compromiso social para forjar su propio destino.

4.2 Síntesis de *La mujer habitada*, de Gioconda Belli

La novela «La mujer habitada» de Gioconda Belli ofrece una propuesta literaria que combina dos historias paralelas de sus protagonistas, Lavinia Alarcón e Itzá, que se desarrollan en dos tiempos históricos distintos: el de la Conquista y el de la Revolución Sandinista. Las vidas de las dos protagonistas femeninas se entrelazan mediante un elemento de realismo mágico, creando una narrativa polifónica sobre la lucha intensa contra el poder vigente y la resistencia.

La historia principal se centra en Lavinia Alarcón, una mujer independiente que culmina sus estudios de arquitectura y se muda a vivir sola en la casa que hereda de su tía. Inicialmente, Lavinia se muestra apolítica e indiferente a la problemática social de su país (Faguas, representación de Nicaragua). Sin embargo, al comenzar a trabajar en un estudio de arquitectura,

conoce y se enamora de Felipe Iturbe, quien resulta ser miembro activo del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que lucha contra la dictadura del «Gran General» (Somocista).

Lavinia atraviesa diferentes estadios que forjan su identidad, por ejemplo, el cambio de actitud sobre la maternidad y la vida en matrimonio, el desarrollo de conciencia social, a pesar de pertenecer a una familia acomodada y el hecho de que se rebela contra la tradición y se niega a ser una Penélope pasiva esperando el regreso de su Ulises (Felipe), sintiendo la necesidad de participar activamente en la lucha revolucionaria. Se une al Movimiento y asume tareas clandestinas, como recopilar datos personales del General Vela y su familia, inscribiendo así su historia individual en el proyecto colectivo del Movimiento para derrocar al gobierno militar. Lavinia se da cuenta de que su rebelión individual (su independencia profesional y social) era una opción «incompleta» y que el Movimiento de Resistencia Nacional (MLN) representa la casi totalidad de su vida.

Paralelamente, se desarrolla la historia de Itzá, una mujer indígena que luchó junto a su esposo, Yarince, contra los españoles durante la Conquista. Itzá rompió los moldes impuestos por la sociedad de la época por tomar las armas, abandonar el ámbito doméstico y participar activamente en la guerra. La conexión entre ambas mujeres se establece a través de un elemento de realismo mágico: el espíritu de Itzá, tras su muerte a manos de los conquistadores, se encarna en un árbol de naranjas que crece en el patio de Lavinia. Desde el árbol, Itzá es espectadora de la lucha contemporánea y logra habitar el alma y la sangre de Lavinia, sirviéndole de guía espiritual, comparando constantemente su lucha contra los invasores españoles con la de Lavinia contra la dictadura lo cual constituye una doble dimensión: política y de emancipación femenina. La novela, al presentar ambas historias, utiliza el concepto indígena de tiempo cíclico (cronovisión nahua) para sugerir que la lucha por la libertad y la resistencia es un proceso que se repite y se prolonga a través de la historia.

La trama avanza hacia el clímax de la novela, el ataque a la casa del General Vela, una acción que busca el derrocamiento del gobierno militar. Durante esta acción, la participación de Lavinia es culminante, ya que el espíritu de Itzá lucha a través de ella, apretando el gatillo de un arma con sus dedos, simbolizando la fusión de sus acciones y la continuidad de la resistencia histórica: «apreté sus dedos, mis dedos contra aquel metal que vomitaba fuego».

Finalmente, Lavinia pierde la vida en este operativo. La muerte de Lavinia es presentada con una visión optimista, como una heroína, donde Itzá declara haber cumplido un ciclo y haber incitado a Lavinia a luchar por la libertad, dejando la huella de su resistencia para inspirar a las generaciones futuras.

La novela concluye con la idea de que los muertos en la lucha (Lavinia, Felipe, Itzá, Yarince) no desaparecen, sino que cumplen un ciclo y se transforman, perpetuando el espíritu de combate y libertad, en el sentido de que «nadie muere en Nicaragua».

4.3 Análisis de la interseccionalidad en la novela *La mujer habitada*, de la escritora nicaragüense Gioconda Belli

Este apartado constituye la aplicación de las diferentes categorías de análisis que fundamentan esta investigación. Su objetivo es reflexionar sobre las dinámicas de poder y resistencia que configuran las identidades de los personajes en «La mujer habitada» (1988) de Gioconda Belli; a través de los ejes de género, clase, raza y memoria histórica, específicamente, en la representación de sus protagonistas: Lavinia e Itzá, desde la crítica feminista como herramienta de interpretación textual.

En este sentido, el marco teórico de la interseccionalidad es el enfoque a través del cual se examina la obra. Por lo que, se analizarán categorías como género, clase y la raza, no de manera aislada, sino que se explorará cómo su superposición e interdependencia producen experiencias de

opresión y privilegio únicas para cada personaje, asimismo, cómo las identidades de los protagonistas se construyen en el cruce de relaciones de poder y resistencia; tal como lo teoriza la interseccionalidad (Crenshaw, 1989; La Barbera, 2016), entendida como una herramienta crítica que permite visibilizar las múltiples formas de opresión que atraviesan a los sujetos. En la novela en estudio, dichas opresiones no se representan de manera separada, sino que se superponen en una trama simbólica en la que la experiencia femenina se configura como campo de tensión entre la subordinación patriarcal, la herencia colonial y la militancia revolucionaria.

La novela ofrece una propuesta narrativa que entrelaza lo íntimo y lo político, lo histórico y lo mítico, mediante una doble estructura (narrativa) temporal: la historia contemporánea de Lavinia, mujer de clase acomodada que se incorpora a la lucha sandinista, y la memoria ancestral de Itzá, mujer indígena que resistió la colonización española. Ambas líneas narrativas dialogan entre sí por medio de un recurso de realismo mágico, específicamente, la posesión espiritual de Itzá en el cuerpo de Lavinia, que actúa como una alegoría de la continuidad histórica de las luchas femeninas en el territorio centroamericano.

La relación entre Lavinia e Itzá se interpreta como un dispositivo simbólico mediante el cual Belli interpreta y reescribe la historia oficial desde una voz femenina y mestiza. Mediante estas dinámicas es posible reconocer cómo la novela reproduce y a la vez cuestiona las estructuras de poder que atraviesan la sociedad nicaragüense: clase, patriarcado y colonialidad.

El análisis se organiza a partir de tres núcleos de interpretación:

1. Lavinia, cuya identidad se configura entre el privilegio de clase y la conciencia política, articulando los ejes de género y clase social.

2. Itzá, quien encarna la memoria indígena y la resistencia espiritual, desde los ejes de raza, colonialidad y cuerpo.
3. La intersección simbólica entre ambas, que da lugar a una subjetividad mestiza y emancipadora, expresión literaria de un feminismo decolonial.

Así pues, en este apartado analiza cómo novela «La mujer habitada» constituye una narrativa interseccional en la medida en que entrelaza las múltiples dimensiones de la experiencia femenina en contextos de dominación y en espacios de resistencia cultural.

4.3.1 Eje 1: Género y Clase Social en la Burguesía Liberal

El personaje de Lavinia, la protagonista, es el hilo conductor a través del cual Gioconda Belli explora la intersección fundacional de género y clase. La novela inicia definiendo a Lavinia por su privilegio de clase (burguesa, educada, arquitecta) y su aparente modernidad. Sin embargo, este privilegio actúa como una cortina de humo que oculta la opresión de género que experimenta, pero de la que no es consciente al inicio de la historia.

En los primeros capítulos de la novela, Lavinia es presentada como una arquitecta joven, profesionalmente exitosa, pero emocionalmente insatisfecha. Su vida transcurre entre los rituales del trabajo y los compromisos sociales de una clase media alta nicaragüense, marcada por el consumo, la superficialidad y la dependencia afectiva. Esta configuración del personaje encarna lo que Bourdieu denomina el *habitus* de clase: un conjunto de disposiciones y prácticas que reproducen las jerarquías sociales y los modos de dominación simbólica.

La cotidianidad de Lavinia refleja los límites impuestos por un patriarcado que se ha sofisticado bajo la apariencia de modernidad. Aunque se le concede acceso a la educación y al ámbito laboral, su autonomía se encuentra condicionada por las expectativas tradicionales: la

belleza, la elegancia, el matrimonio. La novela señala estas contradicciones mediante la introspección del personaje, quien percibe una fractura entre lo que la sociedad espera de ella y su deseo de trascender la pasividad heredada. Por lo que, Belli muestra, mediante un lenguaje introspectivo la incomodidad de Lavinia ante un entorno que la reduce a la estética de la feminidad dócil.

Su figura representa el punto de partida para examinar cómo su transición hacia la militancia política transforma esa identidad y la somete a un proceso de desestabilización simbólica. Una evidencia de esta contradicción es el trabajo que desempeña en el estudio de arquitectura, pues a pesar de su competencia profesional, se enfrenta a la condescendencia y al acoso sutil de sus colegas masculinos. Su clase le permite acceder a ese espacio, pero su género la subordina dentro de él:

En la entrevista, Julián Solera se había extendido sobre las dificultades de ser arquitecto en Faguas. No era como en Europa, le dijo. Llegaban las señoras con sus recortes y les encomendaban diseños de *House and Garden* y *House Beautiful*. Se enamoraban de un refugio de montaña en los Alpes y decidían aplicarlo a una casa de veraneo en la playa. Había que convencerlas de que estaban en otro país. El color. Los materiales. Pero ella era mujer, había dicho. Tendría más facilidad para comunicarse. Las mujeres se entendían. Sonrió al recordarlo, al evocar cómo sonriendo lo convenció de que sí. Inicialmente, la miraba con desconfianza (Belli, 2023, p. 16).

Evidentemente, Lavinia estaba sujeta a los estereotipos de género, además de desempeñar un rol casi instrumental como dispositivo de persuasión, se espera de ella una actitud pasiva que contrasta con su rol profesional. De este modo, el eje de género y clase en Lavinia revela que las estrategias de resistencia femenina se gestan dentro de las mismas estructuras que las oprimen, por

tanto, la interseccionalidad no solo nombra las opresiones, sino las formas de agencia posibles dentro de ellas.

La noción de que Lavinia tendría más facilidad para comunicarse como mujer contrasta, en cierta medida, con la recepción que tuvo al visitar el sitio donde se construiría el Centro Comercial y preguntar a los habitantes y obreros sobre los desalojos, pues la miraron «sin expresión», notando que era una «Muchacha blanca y bien vestida haciendo esas preguntas», donde su identidad de clase anula cualquier ventaja percibida por su género, es decir, la reacción de los obreros es definida por la diferencia socioeconómica que perciben en ella, ya que, en cierta medida, estaba marcada por el sistema opresor.

En este sentido, la autora problematiza la idea de la «mujer moderna» como figura de emancipación aparente. Según el concepto de performatividad de género de Butler (2001), se podría afirmar que Lavinia «actúa» una feminidad que responde a los códigos de su clase, pero que no la representa en su totalidad. La imagen de la profesional exitosa oculta una subjetividad dividida entre una imagen pública de éxito y un profundo malestar interno. La tensión entre la independencia económica y la dependencia simbólica se convierte en uno de los núcleos interseccionales del personaje: la clase, lejos de ser solo privilegio, opera también como forma de subordinación ideológica:

Los colegas masculinos la respetaban —era la única mujer con cargo sustantivo; todas las demás eran secretarías, asistentes, personal de limpieza—. No había sido fácil, pensó, mientras se separaba de Felipe en el pasillo [...]. Al principio escuchaban recelosos su opinión. Cuando era su turno de presentar proyectos o diseños, la sometían a una intensa lluvia de preguntas y objeciones. No se dejaba intimidar. Reconocía la ventaja de su partida

de nacimiento; algo le debía al haber nacido en un estrato social donde la educaron como dueña del mundo (Belli, 2023, p. 36).

Este fragmento ilustra que las identidades sociales como el género y la clase no operan de forma aislada, sino que se cruzan para crear experiencias únicas de opresión y privilegio. El texto establece primero un claro eje de opresión de género: la protagonista es «la única mujer con cargo sustantivo», lo que la sitúa en una posición de vulnerabilidad simbólica frente a sus colegas masculinos. El resto de las mujeres ocupan roles subalternos y feminizados (secretarias, asistentes), dibujando un panorama de marcada segregación laboral. La protagonista sufre cierta opresión y discriminación, pues, sus opiniones son recibidas con recelo y su trabajo es sometido a una «intensa lluvia de preguntas y objeciones».

Sin embargo, esta situación se vuelve interseccional cuando la protagonista identifica ventaja: el eje del privilegio de clase. Ella reconoce que su «partida de nacimiento» y su «estrato social» le concedieron un capital cultural y simbólico fundamental. No solo recibió una educación, sino una actitud propia de una clase social prominente: fue «educada como dueña del mundo». Es este privilegio de clase el que actúa como una herramienta que se contrapone a la opresión de género; es lo que le permite no dejarse intimidar y resistir al acoso. Por lo tanto, su experiencia no es simplemente la de una mujer, sino la de una mujer de clase alta. Su clase social le otorga los recursos psicológicos y la confianza para navegar un sexismo que, probablemente, las otras mujeres de su oficina (las secretarias y limpiadoras) experimentarían de forma mucho más determinante y sin las mismas herramientas para defenderse.

En la relación entre Lavinia y Felipe se manifiesta con claridad la intersección entre género y clase, dimensiones que actúan como factores estructurantes de la subjetividad de la protagonista. Lavinia, perteneciente a la burguesía urbana, experimenta una atracción hacia el mundo

clandestino representado por Felipe, pues percibe en la militancia una posibilidad de escapar de la frivolidad y el vacío existencial de su clase social. Sin embargo, su proceso de politización no se desarrolla de manera autónoma, sino mediado por su posición de género y por el vínculo afectivo que establece con él. En un primer momento, su participación en el movimiento revolucionario se define en función de su rol relacional: Lavinia es «la mujer de» Felipe, y su inserción en la lucha reproduce el lugar subordinado que tradicionalmente se asigna a las mujeres dentro del espacio político.

El desarrollo de la trama muestra cómo el privilegio de clase de Lavinia la vuelve ingenua frente a las dinámicas del poder patriarcal que atraviesan incluso los discursos emancipadores. La protagonista asume que su amor y su visión moderna de la pareja bastarán para construir una relación de igualdad, sin considerar que tanto Felipe como los miembros del movimiento reproducen las jerarquías de género presentes en la sociedad que buscan transformar. De esta manera, la novela evidencia que, para los hombres del entorno revolucionario, la identidad de Lavinia como mujer antecede y condiciona su identidad como compañera de lucha. En consecuencia, el texto plantea que la emancipación femenina no puede separarse de la lucha política colectiva: la verdadera transformación social requiere reconocer y desmontar simultáneamente las estructuras de clase y de género que sostienen la opresión.

En otras palabras, la toma de conciencia de Lavinia no es solo política (contra la dictadura), sino fundamentalmente interseccional: comprende que la opresión que vive como mujer en su relación personal es un reflejo de las estructuras de poder que el Movimiento dice combatir, pero que internamente reproduce.

El punto de inflexión en la trayectoria de Lavinia ocurre cuando entra en contacto con los círculos revolucionarios y, posteriormente, se incorpora a la lucha armada. Este cambio no se

presenta como un gesto romántico o heroico, sino como un proceso de aprendizaje político y emocional. La decisión de unirse a la resistencia implica para ella no solo una ruptura con su clase social, sino también con las normas de género que la han moldeado.

Finalmente, la identidad de Lavinia deja de estar determinada por los ejes que antes la definían: no su género, ni su clase social, a la que renuncia al involucrarse plenamente en la lucha revolucionaria, ni su vínculo amoroso con Felipe, que simbolizaba su dependencia emocional y la reproducción de un orden patriarcal. Su proceso de emancipación culmina en una síntesis interseccional, en la que convergen tres dimensiones: la conciencia de género, que le permite reconocerse como mujer autónoma dentro de una estructura patriarcal; el compromiso político, que orienta su acción hacia la transformación colectiva; y la memoria ancestral que habita su cuerpo, transmitida por Itzá, como fuerza simbólica y espiritual. De este modo, Lavinia se configura como un sujeto político y de memoria, una mujer que articula el pasado indígena y la lucha contemporánea, y que encarna la continuidad de la resistencia femenina en la historia latinoamericana.

Desde una lectura interseccional, la trayectoria de Lavinia revela que las opresiones de género y los privilegios de clase no se presentan como esferas separadas, sino como fuerzas interdependientes que configuran su identidad y condicionan sus posibilidades de emancipación. El personaje encarna la tensión entre la autonomía femenina moderna y la persistencia de estructuras patriarcales que delimitan su subjetividad. A través de su tránsito del confort burgués hacia la militancia política.

Gioconda Belli propone una crítica al falso ideal de la «mujer liberada» que el capitalismo liberal promueve, demostrando que la emancipación femenina solo puede alcanzarse mediante la transformación de las relaciones sociales y simbólicas que sostienen la desigualdad. En este eje, la

novela evidencia cómo la conciencia de clase y la conciencia de género se entrelazan en un mismo proceso de descolonización interior: el paso de Lavinia del privilegio pasivo a la acción política constituye, en sí mismo, una forma de resistencia interseccional frente a la dominación patriarcal y de clase.

4.3.2 Eje 2: Raza, Memoria Histórica y Cuerpo

Si Lavinia representa la intersección de clase y género en el presente narrativo, Itzá encarna la intersección de raza, género y memoria decolonial. Itzá no es solo una mujer; es una mujer indígena cuya resistencia contra el conquistador español es el antecedente directo de la lucha contra la dictadura (la colonialidad del poder).

El relato de Itzá emerge en la novela como una memoria alterna que interrumpe la temporalidad moderna. En la secuencia narrativa, la voz de Itzá se introduce en cursiva o en tono poético, creando un contraste con el registro realista de la historia de Lavinia. Esta alternancia discursiva constituye un gesto político: la voz indígena recupera su espacio en un texto que reconoce la violencia del colonialismo.

El tono testimonial y lírico de esta voz confiere a Itzá una autoridad narrativa que no depende de la mediación del discurso histórico oficial. Su relato, cargado de imágenes sensoriales, reivindica la experiencia corporal de la guerra y del despojo. A través de su palabra, Belli otorga densidad humana a la figura femenina indígena, transformándola en portadora de memoria y no solo en víctima del pasado.

En el desarrollo del relato, la habitación, el recurso narrativo central donde el espíritu de Itzá ocupa el cuerpo de Lavinia, es un acto profundamente simbólico. La memoria de la resistencia

indígena (racializada y feminizada) necesita el cuerpo de la mujer burguesa (privilegiada en clase, oprimida en género) para volver al presente y completar su lucha.

Esta voz poética puede interpretarse como una forma de contramemoria (Foucault, 1979), es decir, una narración que se opone a los discursos hegemónicos de la historia. La experiencia de Itzá constituye una genealogía subalterna que desarticula el relato de la Conquista como dispositivo civilizador. En su lugar, la autora propone una memoria femenina que describe el dolor, la pérdida y la resistencia como actos fundacionales del sujeto colectivo.

Así, el discurso de Itzá introduce una ruptura en la lógica del tiempo histórico: el pasado no se clausura, sino que permanece activo en el presente. De esa manera, Belli dramatiza lo que Mignolo (2005) denomina la «colonialidad del ser», al mostrar cómo las heridas del colonialismo se perpetúan en las estructuras contemporáneas de poder. La unión espiritual entre Itzá y Lavinia materializa esta continuidad, configurando una subjetividad mestiza que desafía la división entre historia y mito.

Itzá no es solo la voz del pasado, sino el principio activo de una memoria insurgente que habita el cuerpo de Lavinia y la impulsa hacia la acción política. Así, la autora transforma la posesión, tradicionalmente asociada a la pasividad femenina, en una forma de agencia transgeneracional. La historia de Itzá no se limita a evocar la resistencia indígena: la reescribe en el presente, desplazando las fronteras entre cuerpo, tiempo y nación.

Así pues, en la construcción simbólica de «La mujer habitada», Itzá representa el hilo que enlaza la memoria indígena con la experiencia contemporánea de Lavinia. Su voz, emergente desde el pasado colonial, irrumpe en la narración moderna como fuerza espiritual que interpela la historia. Gioconda Belli convierte a Itzá en un sujeto discursivo que desestabiliza el relato histórico

patriarcal, reclamando para la mujer indígena un lugar activo en la genealogía de la resistencia centroamericana.

Desde una lectura interseccional, Itzá encarna la confluencia de dos ejes estructurales de opresión (raza y género) que históricamente han sustentado la colonialidad del poder (Quijano, 2000). La figura de Itzá en «La mujer habitada» constituye una ruptura con las representaciones tradicionales de las mujeres indígenas en la literatura latinoamericana. Habitualmente, las mujeres originarias han sido reducidas a símbolos pasivos, asociadas a la tierra fecunda, la madre patria o la esencia de la nación, imágenes que las convierten en metáforas de identidad colectiva, pero les niegan voz, deseo y agencia propia. Gioconda Belli subvierte esta tradición al otorgar a Itzá una presencia activa dentro de la narración: no es solo un emblema de fertilidad o sacrificio, sino una mujer que piensa, decide y actúa en defensa de su pueblo frente a la invasión colonial. Al dotarla de palabra y deseo, Belli le devuelve su condición de sujeto histórico, capaz de intervenir en los procesos sociales y de inscribirse en la memoria de la resistencia.

El cuerpo de Itzá representa la memoria corporal de la resistencia. Su relación con Yarince no se inscribe en el modelo romántico occidental, sino en un pacto de igualdad y comunión con la naturaleza. Esta representación subvierte los arquetipos coloniales de la mujer indígena como objeto erótico o como víctima silenciosa. En cambio, la sexualidad de Itzá se convierte en acto político: un modo de afirmar la vida frente a la destrucción.

Así pues, la corporalidad de Itzá puede entenderse como una metáfora de la nación colonizada. El cuerpo violentado y fragmentado por la invasión encarna las estructuras de dominación que aún persisten en el presente. Sin embargo, Belli introduce un giro emancipador: el cuerpo también es espacio de reinscripción cultural. La voz de Itzá atraviesa la historia para reivindicar un saber ancestral que resiste a la racionalidad colonial:

Más tarde escuché los aullidos de lobo de mi hombre.

Y más tarde aún regresó arañado de espinas.

Esa noche lloramos abrazados, conteniendo el deseo de nuestros cuerpos, envueltos en un pesado rebozo de tristeza.

Nos negamos la vida, la prolongación, la germinación de las semillas.

¡Cómo me duele la tierra de las raíces sólo de recordarlo!

No sé si llueve o lloro. (Belli, 2023, p. 146).

Este fragmento presenta un lamento de Itzá que surge en el contexto de recordar la decisión de las mujeres de su tribu de negarse a la reproducción para no parir esclavos a los españoles, ilustrando directamente la dimensión colectiva de sufrimiento y la conexión física con la tierra. Además, ilustra cómo Belli dota al cuerpo femenino de Itzá de una dimensión colectiva: no pertenece solo a ella, sino a la comunidad y al territorio. En términos de interseccionalidad, la opresión de Itzá no se reduce al género; se extiende a la dimensión racial y ecológica de la colonialidad. El cuerpo femenino y la tierra comparten el destino del sometimiento, pero también el potencial de regeneración.

En este sentido, Itzá encarna una feminidad insurgente, una forma de ser mujer que desobedece las imposiciones coloniales y patriarcales, y que redefine la relación entre lo femenino, la historia y el poder. Su voz espiritual, al prolongarse en Lavinia, enlaza el pasado indígena con las luchas contemporáneas, mostrando que la emancipación femenina también implica recuperar la memoria silenciada de las mujeres originarias.

El análisis de Itzá permite observar cómo la novela opera como una relectura de la conquista desde una perspectiva decolonial. En ella, el cuerpo femenino indígena, violentado por la colonización, se convierte en espacio de resistencia cultural y en depósito de una memoria que trasciende el tiempo lineal. Su presencia dentro del cuerpo y la conciencia de Lavinia reactiva una historia colectiva reprimida, generando una continuidad espiritual entre ambas.

En Itzá, la intersección es total:

1. Género: Es una guerrera que desafía los roles de su propia tribu.
2. Raza/Etnia: Es la «otra» absoluta frente al español, y su opresión es de conquista y exterminio.
3. Cuerpo: Su cuerpo es el territorio de la resistencia. La flecha que la hiere y el árbol que la recibe (el naranjo) son la materialización de la memoria.

La fusión de Itzá y Lavinia es el argumento interseccional central de Belli: demuestra que la lucha de clases y la lucha feminista de la modernidad (Lavinia) están incompletas si no reconocen e integran la lucha histórica contra la opresión racial y colonial (Itzá). Lavinia, al aceptar a Itzá, no solo se transforma a sí misma; transforma el sentido de la lucha. El cuerpo (concepto clave en nuestro marco teórico) deja de ser un objeto de deseo (para Felipe) o de exhibición (en su clase social) y se convierte en un *locus* de memoria y resistencia activa.

El cuerpo de Lavinia constituye uno de los ejes simbólicos más importantes de la novela. Belli lo representa como un espacio de escritura política y de transformación identitaria. Desde el comienzo, el cuerpo aparece como terreno de control, pero a medida que la protagonista se adentra en la militancia, el cuerpo se resignifica como instrumento de acción y de memoria.

Según Segato (2016), puede afirmarse que Belli propone una ética del cuerpo femenino como territorio de soberanía, donde se interceptan tanto la opresión como la resistencia. El erotismo, lejos de presentarse como elemento secundario, se transforma en un medio de reapropiación subjetiva. Las escenas de intimidad entre Lavinia y Felipe revelan un deseo atravesado por la contradicción entre amor y poder, entre entrega y autonomía:

Se dio vuelta en la cama. Sintió su cuerpo tibio y sudado. La soledad no tenía frontera en su cama esa tarde. A nadie podría explicar la rara excitación que le producía la idea de enfundarse de nuevo aquel vestido rojo, de escote profundo. Exhibirse ahora sería un placer. Casi una venganza. Exhibirse ahora que nadie podía tocarla, penetrar su intimidad, amenazarla con matrimonios perpetuos, servidumbres disfrazadas de éxito. La sensación era filosa y a la vez contradictoria. (Belli, 2023, p. 224).

Este fragmento condensa el tránsito hermenéutico de Lavinia: su cuerpo deja de ser objeto pasivo de la mirada masculina para convertirse en signo de autoafirmación. La sexualidad, en este contexto, funciona como metáfora de la lucha política: un acto de apropiación del propio ser frente a las estructuras que buscan someterlo. La autonomía que Lavinia busca y encuentra se manifiesta a través del control de su propia imagen y sexualidad, contrastando con el rol pasivo al que la sociedad la había relegado previamente.

Desde la perspectiva interseccional, el cuerpo de Lavinia sintetiza los múltiples ejes de opresión y lucha: género, clase y política se entrecruzan en un espacio donde la identidad se construye en movimiento. La protagonista encarna la transición de la mujer burguesa moderna hacia una subjetividad insurgente que cuestiona las jerarquías patriarcales, coloniales y económicas.

En esta representación, Belli reescribe el cuerpo femenino como texto político y simbólico, confirmando que la emancipación no se alcanza únicamente mediante la acción colectiva, sino también a través de la reapropiación de la experiencia íntima. Lavinia, en tanto sujeto interseccional, deja de ser espectadora de la historia para convertirse en agente de transformación.

Finalmente, la muerte de Lavinia, al final de la novela, adquiere así un sentido político y ritual. No se trata de una derrota, sino de una consumación de su proceso emancipador. Al morir, el espíritu de Itzá la habita plenamente, cerrando el ciclo de la memoria femenina y colectiva. La corporeidad individual se diluye en una continuidad histórica, donde el sacrificio femenino se reinterpreta como acto de resistencia cultural.

El análisis del personaje de Itzá permite afirmar que «La mujer habitada» articula una relectura de la historia desde una memoria decolonial que restituye la voz y la agencia de las mujeres indígenas. Su corporalidad, marcada por la violencia de la conquista, se transforma en un espacio de resistencia y de transmisión intergeneracional del saber. El cuerpo de Itzá como territorio de memoria revela la persistencia de la colonialidad del ser, mientras que la voz poética que emerge de su experiencia propone una contraescritura de la historia oficial.

En este eje se confirma que la interseccionalidad funciona como una herramienta de visibilización de las opresiones superpuestas (género, raza, colonialidad) y simultáneamente, como una vía para reconocer la potencia política del cuerpo femenino. La fusión espiritual entre Itzá y Lavinia se consolida, así como una metáfora de la continuidad histórica de la resistencia de las mujeres centroamericanas, quienes, al recuperar la memoria ancestral, reescriben su lugar en la historia desde el cuerpo, la palabra y la acción.

4.3.3 Eje 3: Género y Militancia Política

El despertar político de Lavinia genera tensión entre género y militancia y, se manifiesta explícitamente la interseccionalidad, pues, la revolución aparece como un espacio de aparente igualdad, pero pronto se revela también como un ámbito dominado por valores masculinos. Lavinia experimenta la doble opresión de ser mujer dentro de un movimiento que reproduce la verticalidad patriarcal bajo un discurso de liberación. En ese sentido, su experiencia confirma lo señalado por Segato (2013): los procesos revolucionarios en América Latina, aunque anticoloniales, han mantenido estructuras simbólicas androcéntricas que marginan la agencia femenina.

En sus reflexiones, Lavinia se interroga sobre su papel en la lucha: «Quería ser parte de algo más grande que ella, pero a veces sentía que en ese algo no había lugar para su voz». Esta tensión entre deseo y silencio permite comprender cómo la conciencia política de la protagonista se construye en diálogo con las limitaciones de un orden discursivo masculino:

¿Se estaría engañando?, pensó. ¿Estaría creando para sí misma una pose de heroína de novela tan estúpida como la de cualquiera de sus amigas jugando a las vírgenes prudentes? No, pensó. No era igual. Para ella, ir al baile era un retorno final, un retorno para salir desde dentro: entrar al ambiente de su medio como una extraña para abandonarlo totalmente, traicionarlo, conspirar para que terminara aquel mundo de oropel. (Belli, 2023, p. 224).

Este fragmento refleja el momento en que Lavinia logra transformar su rebelión personal en un acto político consciente y estratégico, superando las dudas sobre su autenticidad. La fuente reitera cómo ella legitima su participación en el «mundo de oropel» de la burguesía al reinterpretarlo como una misión subversiva. El proceso de autoconciencia que antecede a la acción

política. Lo anterior simboliza una ruptura epistemológica: el cuestionamiento del sujeto femenino construido por el patriarcado moderno.

El tránsito de Lavinia a lo largo de la novela puede entenderse como un proceso de reconfiguración de su posición de sujeto, en el sentido foucaultiano del término. Desde esta perspectiva, el sujeto no es una entidad fija ni esencial, sino una construcción que emerge a partir de relaciones de poder y de los discursos que lo atraviesan (Foucault, 1979). La experiencia de Lavinia en la militancia representa precisamente ese desplazamiento al involucrarse en la lucha revolucionaria, abandona el espacio de comodidad y privilegio propio de su clase burguesa, pero tampoco logra ser plenamente reconocida dentro del ámbito revolucionario, dominado por lógicas patriarcales y jerarquías políticas.

Esta condición intermedia la coloca en un espacio liminal, un territorio de frontera donde las identidades se vuelven inestables y se ponen en tensión. En ese lugar ambiguo, su cuerpo, su palabra y su mirada se convierten en escenarios de disputa ideológica, donde se confrontan los discursos del poder masculino, las expectativas de su clase social y su propio deseo de emancipación. La novela, al narrar esta transformación, expone cómo la subjetividad femenina se configura en el cruce entre el poder, la resistencia y la búsqueda de una voz propia.

A través de esta evolución, Belli desmonta el mito de la mujer revolucionaria idealizada por el discurso político. La novela evidencia las contradicciones de un proceso que busca la liberación colectiva, pero que no reconoce plenamente las especificidades de género. Lavinia encarna así una forma de resistencia interseccional: su rebeldía no se limita al ámbito político, sino que se extiende al cuestionamiento de los modelos culturales que definen la feminidad y la pertenencia de clase.

El Movimiento de Liberación Nacional (MLN) se presenta en la novela como el espacio donde convergen y se tensan las contradicciones interseccionales que atraviesan la experiencia de Lavinia y de las demás mujeres militantes. Aunque el MLN se erige como una organización que combate la opresión estructural impuesta por la dictadura, una forma de dominación articulada principalmente en torno a los ejes de clase y de poder político, su propia estructura interna reproduce las jerarquías patriarcales que rigen la sociedad a la que pretende transformar.

Este doble carácter lo convierte en un crisol de tensiones: por un lado, es el escenario de la lucha por la justicia social; por otro, es el espacio donde se perpetúan las desigualdades de género y las exclusiones simbólicas que limitan la participación plena de las mujeres. De este modo, la novela revela que la emancipación política no necesariamente garantiza la emancipación de las mujeres, pues las estructuras del patriarcado pueden persistir incluso dentro de los proyectos revolucionarios. El MLN, entonces, funciona como una metáfora de la revolución incompleta: un movimiento que cuestiona el poder de clase, pero no logra desmontar las relaciones de poder entre los sexos.

Según la crítica feminista a las dinámicas de poder internas, cuando Lavinia ingresa en el movimiento sufre una doble opresión: la del sistema que combate y la de sus propios compañeros, su identidad como mujer burguesa la convierte en sospechosa, y su identidad de mujer la relega a roles secundarios. La novela evidencia:

- Desconfianza inicial: Se cuestiona su lealtad por su origen de clase.
- Roles de género: Se espera que realice tareas de cuidado o secretariado, reproduciendo la división sexual del trabajo.

- Relaciones de poder: Felipe, su superior jerárquico, es también su pareja. Belli utiliza esta tensión para mostrar cómo el poder político y el poder de género se refuerzan mutuamente, incluso en un contexto revolucionario.

La lucha de Lavinia es, por tanto, doble: debe demostrar su valía como militante (superando su marca de clase) y, simultáneamente, debe luchar por su autonomía como mujer (desafiando la dominación de género).

A diferencia de Itzá, cuya historia fue absorbida por el relato hegemónico de la Conquista, una historia escrita desde la mirada del vencedor, Lavinia alcanza en el desenlace de la novela una transformación integral de su identidad. Mientras Itzá representa la memoria ancestral silenciada, Lavinia encarna la posibilidad de reactivar esa memoria en el presente, convirtiéndose en sujeto de su propia historia.

Con el análisis de la militancia de Lavinia permite comprender que la revolución, aunque proclamada como espacio de igualdad, reproduce las jerarquías patriarcales que limitan la participación y la voz femenina. Esta representación evidencia las contradicciones entre los discursos de emancipación colectiva y las prácticas de exclusión simbólica que atraviesan los movimientos sociales. En ese sentido, la experiencia de Lavinia dentro del MLN constituye una alegoría de las tensiones interseccionales entre género, clase y poder político: la protagonista enfrenta simultáneamente la opresión del régimen dictatorial, el control del patriarcado y el escepticismo de sus compañeros.

Su proceso de autoconciencia la conduce a una ruptura con las lógicas del poder masculino, y su muerte simbólica se convierte en un acto de trascendencia política y espiritual. En consecuencia, este eje muestra que la emancipación femenina solo es posible cuando la lucha

política reconoce las estructuras interseccionales de la opresión y las integra en un proyecto verdaderamente transformador de la sociedad y de la subjetividad.

4.4. La intersección Lavinia–Itzá: el mestizaje simbólico, la conciencia feminista decolonial y la emancipación subjetiva

La relación entre Lavinia e Itzá constituye el eje simbólico de «La mujer habitada». Más que dos personajes aislados, ambas configuran un mismo sujeto escindido y reunificado por la experiencia de la memoria. El vínculo espiritual que las une no responde a una lógica sobrenatural, sino a una dialéctica de continuidad histórica y simbólica que encarna la resistencia femenina a través del tiempo. Desde una perspectiva interseccional, la fusión de estas figuras permite observar cómo Gioconda Belli articula un discurso feminista y decolonial que desmantela las jerarquías impuestas por la clase, la raza y el patriarcado.

El recurso del realismo mágico que permite la presencia de Itzá en el cuerpo de Lavinia funciona como metáfora de la persistencia de la memoria femenina en la historia centroamericana. La posesión no implica pérdida de identidad, sino ampliación de conciencia. Este proceso simboliza la reactivación de una memoria colectiva reprimida por siglos de colonialidad:

Siento la sangre de Lavinia y me invade una plenitud de savia invernal, de lluvia reciente. De extraña manera, es mi creación. No soy yo. Ella no soy yo vuelta a la vida. No me he posesionado de ella como los espíritus que asustaban a mis antepasados. No. Pero hemos convivido en la sangre y el lenguaje de mi historia, que es también suya, ha empezado a cantar en sus venas. (Belli, 2023, p. 150).

Este fragmento expresa la fusión de ambas conciencias como un acto de reconocimiento mutuo donde adquiere una dimensión colectiva de la subjetividad que surge del encuentro. Lavinia e Itzá no se anulan, sino que se multiplican. La identidad resultante es plural, insurgente, abierta. En términos de interseccionalidad, la síntesis entre ambas simboliza la articulación de los ejes de género, clase y raza como forma de conciencia crítica. Además, Lavinia experimenta en su cuerpo la historia de Itzá, y, al hacerlo, se libera del encierro de su individualidad burguesa. La memoria ancestral que la habita le permite ver la revolución no solo como lucha política, sino como continuidad de una resistencia que comenzó con la conquista.

En esta intersección narrativa, la autora propone una relectura de la identidad latinoamericana desde la experiencia del mestizaje, no entendido como síntesis armónica, sino como territorio de conflicto, memoria y creación. Lavinia representa la modernidad ilustrada, urbana y burguesa; Itzá, la raíz ancestral, comunitaria y espiritual. Su encuentro da lugar a una subjetividad nueva, que cuestiona tanto la hegemonía del discurso masculino revolucionario como las narrativas coloniales que relegaron a las mujeres y a los pueblos originarios a los márgenes del relato histórico.

Desde una lectura sociocrítica, la unión simbólica entre Lavinia e Itzá puede interpretarse como una alegoría de la nación mestiza latinoamericana, cuya identidad se construye en la tensión permanente entre la modernidad y la herencia colonial. Gioconda Belli reinterpreta en «La mujer habitada» el concepto de mestizaje, alejándose de su sentido tradicional como integración armónica y reconciliadora de culturas. En lugar de presentar la fusión entre lo indígena y lo europeo como un proceso de unidad pacífica, la autora revela su carácter conflictivo y desigual.

En el cuerpo femenino de Lavinia, habitado por el espíritu de Itzá, se inscriben las huellas de la conquista, del patriarcado y de la lucha política contemporánea; es decir, se manifiestan las

estructuras de poder que han configurado la historia de América Latina. El mestizaje, en este contexto, no representa la superación de las diferencias, sino el espacio donde las identidades coloniales y patriarcales se enfrentan y se reescriben. De esta manera, Lavinia encarna tanto la fractura como la posibilidad de reconciliación: su cuerpo se convierte en territorio de conflicto, pero también en escenario de una nueva síntesis cultural y política, donde la memoria ancestral y la conciencia moderna coexisten. Belli propone, así, una visión crítica del mestizaje que reconoce la persistencia de la violencia histórica, pero que al mismo tiempo afirma la posibilidad de una identidad femenina y mestiza capaz de transformar la herencia colonial desde la resistencia y la memoria.

Este vínculo espiritual entre Lavinia e Itzá también puede interpretarse como una forma de solidaridad interseccional entre mujeres de diferentes épocas, clases y etnias. En la lógica de la interseccionalidad (Crenshaw, 1989), esta relación simboliza la convergencia de luchas que, aunque distintas, comparten la experiencia de la subordinación. La novela propone, por tanto, una ética de la memoria como base de un feminismo que reconoce las múltiples dimensiones del poder.

La unión de Lavinia e Itzá culmina en la configuración de un sujeto mestizo, político y espiritual que desafía las categorías identitarias impuestas. En el plano narrativo, esta síntesis se manifiesta cuando la conciencia de Lavinia incorpora la voz de Itzá como parte de su propio pensamiento. La frontera entre ambas se disuelve, y con ella, las dicotomías entre pasado y presente, cuerpo y espíritu, historia y mito.

Esta fusión representa una forma de reconciliación epistémica: el reconocimiento de que el saber racional moderno necesita integrar la sabiduría ancestral y corporal. Lavinia, al ser habitada por Itzá, deja de concebir la revolución solo como un proyecto político y la entiende como una transformación integral del ser. Su acción se vuelve más profunda: no lucha solo contra la

dictadura, sino contra todas las fuerzas de dominación que oprimen al cuerpo y al espíritu femenino.

Desde el punto de vista sociocrítico, esta síntesis representa la posibilidad de un sujeto histórico femenino capaz de articular la emancipación personal y la colectiva. Lavinia, al asumir en su cuerpo la memoria de Itzá, se libera del privilegio de su clase y del discurso patriarcal que la había definido. Su sacrificio final no se entiende como martirio, sino como gesto político de refundación simbólica. La muerte de Lavinia cierra el ciclo de la opresión, pero abre el de la memoria: Itzá habita en todas las mujeres que luchan, y la historia se reescribe desde esa continuidad.

La fusión espiritual entre ambas protagonistas expresa, por tanto, un proyecto literario y político de descolonización. Belli inscribe su narrativa dentro de un feminismo latinoamericano que reconoce la multiplicidad de los sujetos oprimidos. La interseccionalidad se convierte aquí en praxis narrativa: un modo de pensar y de representar la realidad desde la complejidad de los cuerpos, las memorias y las identidades que la modernidad ha fragmentado.

Desde esta perspectiva, «La mujer habitada» no solo es una novela sobre la revolución, sino sobre la genealogía del ser femenino en América Latina. Lavinia e Itzá configuran un mismo sujeto histórico que transita de la invisibilidad a la palabra, del cuerpo oprimido al cuerpo político. En su encuentro se condensa la utopía de un feminismo decolonial que, más que sustituir un poder por otro, busca dismantelar la matriz de dominación que une el patriarcado, el racismo y la desigualdad de clase.

Así, la síntesis interseccional que propone Belli no culmina en la fusión armónica de las diferencias, sino en su coexistencia dinámica. La mujer habitada es aquella que reconoce en sí las

múltiples huellas de la historia, y que, desde esa conciencia, transforma su mundo. La intersección de Lavinia e Itzá produce, finalmente, una subjetividad emancipadora que habita la contradicción como lugar de resistencia y creación.

En consecuencia, la unión espiritual de ambas protagonistas constituye el hallazgo central de la investigación. En su intersección se configura una subjetividad mestiza, plural y emancipadora, que articula la memoria ancestral con la conciencia moderna. Este mestizaje no es conciliación, sino conflicto productivo: la coexistencia de diferencias que se reconocen y se transforman mutuamente. Belli propone, mediante esta fusión, una visión del feminismo latinoamericano como praxis interseccional y decolonial.

En toda la novela, el cuerpo se erige como espacio de inscripción de las relaciones de poder y, al mismo tiempo, como instrumento de resistencia. Tanto Lavinia como Itzá experimentan el cuerpo como límite y como posibilidad: controlado por la sociedad patriarcal, pero también fuente de conocimiento y de libertad. Esta representación confirma que la emancipación femenina, en el pensamiento de Belli, parte de la revalorización del cuerpo y del deseo como lenguajes de autonomía.

Conclusiones

El análisis de «La mujer habitada» a través de la lente de la interseccionalidad revela que la novela es un complejo alegato sobre la imposibilidad de la liberación singular. Belli argumenta textualmente que una revolución que no sea feminista está incompleta (Eje 1 y 3), y una lucha feminista que no sea decolonial y no reconozca la memoria de la opresión racial (Eje 2) es superficial. Los personajes no experimentan la opresión en ejes separados, sino como un tejido único de dominación, y es solo al comprender esta matriz que pueden articular una resistencia efectiva.

Los tres ejes analizados (género y clase; raza, memoria y cuerpo; género y militancia) permiten concluir que «La mujer habitada» de Gioconda Belli constituye una narrativa interseccional que reescribe la historia desde una voz femenina, mestiza y decolonial. A través del vínculo entre Lavinia e Itzá, la autora representa la convergencia de distintas formas de subordinación, patriarcal, colonial y económica y, al mismo tiempo, las estrategias simbólicas de resistencia que las mujeres construyen para subvertirlas.

El cuerpo, la memoria y la palabra se erigen como territorios de lucha y reapropiación identitaria, donde la experiencia femenina deja de ser objeto de la historia para convertirse en su motor crítico. En este sentido, la obra de Belli no solo ofrece una reflexión literaria sobre la condición de la mujer latinoamericana, sino también una propuesta política de descolonización de la subjetividad y de reconstrucción del sentido histórico desde el feminismo interseccional.

La lectura interseccional de «La mujer habitada» ha permitido evidenciar cómo Gioconda Belli construye una narrativa en la que las dimensiones ya mencionadas que se articulan de manera compleja y dinámica. A través de las figuras de Lavinia e Itzá, la autora no solo representa distintas

formas de opresión, sino que propone una ética de la resistencia femenina que se expresa tanto en el cuerpo como en la palabra, en el deseo como en la acción política.

La novela opera mediante una simbología que vincula lo individual con lo colectivo. Lavinia encarna el conflicto interior de la mujer moderna ante los límites impuestos por el patriarcado burgués, mientras que Itzá representa la dimensión espiritual y comunitaria de la resistencia ancestral. Ambas figuras, unidas por el recurso del realismo mágico, reescriben la historia desde un horizonte femenino que desafía las narrativas lineales de progreso y de heroísmo masculino.

Así pues, la novela reescribe las estructuras del poder patriarcal y colonial desde el espacio narrativo. La novela cuestiona tanto el discurso de la modernidad burguesa como el de la revolución masculina, proponiendo una lectura del cambio social desde la experiencia femenina. En este sentido, la intersección de Lavinia e Itzá materializa un nuevo sujeto histórico que no se define por una identidad única, sino por la coexistencia de múltiples ejes de pertenencia y de opresión.

El tránsito de Lavinia, de mujer burguesa a militante revolucionaria, expresa la tensión entre emancipación y subordinación dentro de un contexto sociopolítico que reproduce las jerarquías de género aun en los espacios de lucha. La incorporación de la interseccionalidad como herramienta analítica permitió visibilizar cómo la condición de clase de Lavinia determina su acceso al poder y su posterior desclasamiento como gesto de resistencia. Su cuerpo se convierte en territorio de transformación, donde convergen las pulsiones eróticas, las contradicciones ideológicas y la búsqueda de autonomía.

El análisis del rol de Itzá en el desarrollo de la acción evidenció la relevancia del eje racial y colonial en la configuración de la identidad femenina en la novela. La voz indígena de Itzá irrumpe como contramemoria que cuestiona la historia oficial y restituye la experiencia corporal y espiritual de las mujeres originarias. En su figura se condensan las marcas de la colonización, pero también la posibilidad de una resistencia transgeneracional que se perpetúa a través del cuerpo y la palabra. La unión espiritual entre Itzá y Lavinia constituye un gesto literario de reparación simbólica: el reconocimiento del mestizaje como proceso conflictivo, pero también como fuente de renovación cultural y política.

El vínculo entre ambas protagonistas se erige como la clave simbólica de la novela: Lavinia es habitada por Itzá, pero también la despierta; la memoria ancestral se actualiza en la acción contemporánea. Este gesto narrativo expresa una concepción cíclica del tiempo, en la que las luchas del pasado se prolongan en el presente y anticipan el porvenir. La interseccionalidad, más que una categoría analítica, se convierte en la estructura misma del texto: una trama de voces, cuerpos y memorias que se entrelazan para desafiar el orden establecido.

De este modo, puede afirmarse que «La mujer habitada» constituye una práctica literaria de descolonización, en la medida en que subvierten las jerarquías epistémicas y culturales heredadas del patriarcado y de la colonización. La novela se posiciona dentro del horizonte del feminismo decolonial latinoamericano, al reconocer la heterogeneidad de las experiencias femeninas y al proponer la solidaridad entre mujeres como fundamento de una nueva conciencia histórica.

En síntesis, con el análisis se pueden destacar las siguientes conclusiones:

- La interseccionalidad en «La mujer habitada» no solo se manifiesta en los contenidos temáticos, sino en la estructura formal (editorial) y narrativa que articula tiempos, voces y cuerpos diversos.
- Lavinia representa el tránsito de la conciencia individual a la colectiva, encarnando la emancipación desde el cuerpo y la acción.
- Itzá representa la memoria ancestral que rompe el silencio colonial, reconfigurando el lugar de la mujer indígena en la historia.
- La unión entre ambas simboliza la posibilidad de una identidad femenina mestiza y emancipadora, capaz de integrar la dimensión política, espiritual y cultural de la existencia.
- La novela, en su conjunto, plantea una visión de la revolución no solo como cambio de estructuras sociales, sino como transformación de las subjetividades y de los imaginarios.

Con base en estas conclusiones, se puede afirmar que «La mujer habitada» de Gioconda Belli constituye un texto fundacional dentro de la narrativa centroamericana contemporánea, en tanto articula una poética de la resistencia femenina que conjuga la dimensión interseccional y la decolonial. Su propuesta literaria trasciende el marco de la lucha política para situar la emancipación en el territorio simbólico de la memoria, el cuerpo y la palabra.

Referencias

- Asociación para los Derechos de la Mujer y el Desarrollo. (2004). *Interseccionalidad: una herramienta para la justicia de género y la justicia económica* (Género & Derechos, 9). <https://www.awid.org/>
- Ávila-Fuenmayor, F. (2006). El concepto de poder en Michel Foucault. *TELOS. Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 8(2), 215-234.
- Baena, G. (1996). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill.
- Baker, C. (2012). *Cultural Studies: Theory and Practice*. Sage.
- Belli, G. (2023). *La mujer habitada*. Booket.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. (J. Jordá, Trad.). Anagrama.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Cagigas, A. (2000). El patriarcado, como origen de la violencia doméstica. *Monte Buciero* (5), 307-318.
- Cagigas, A. (2000). *Feminismo y poder*. Ediciones Cátedra.
- Calderón, J. (2008). *Metodología de la investigación: Guía para la comprensión holística del método científico*. San Marco.
- Casaus, M. (2007). *Guatemala: Linaje y racismo*. F&G Editores.
- Connell, R. (1997). *Gender and power: Society, the person and sexual politics*. Stanford University Press.
- Connell R. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cornejo, A. (1978). El indigenismo y las literaturas heterogéneas: Su doble estatuto sociocultural. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 4, 7-21.
- Crenshaw, K. (1989). Desmarginalizando la intersección entre raza y sexo: una crítica feminista negra a la doctrina antidiscriminatoria, la teoría feminista y la política antirracista. *University of Chicago Legal Forum*, 139-167.
- Cubillos, J. (2015). La importancia de la interseccionalidad para la investigación feminista. *Oxímora: revista internacional de ética y política*, (7), 119-137.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Historia.
- Foucault, M. (1979). *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1995). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (23.ª ed.). Siglo XXI Editores.

- Fournier-Pereira, M. (2014). Feminismos e interseccionalidad: aportes para pensar los feminismos lésbicos centroamericanos. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 11(2), 67-87.
- García, M. (1999). *La utopía sandinista: historia, mujer y mitos en la obra de Gioconda Belli*. Universidad de Alicante.
- García, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- Gómez, M., Saldarriga, D., López, M., & Zapata, L. (2017). *Estudios decoloniales y poscoloniales. Posturas acerca de la modernidad/ colonialidad y el eurocentrismo*. Universidad Autónoma Latinoamericana.
- Gould, J. (1998). *To die in this way: Nicaraguan Indians and the myth of mestizaje, 1880–1965*. Duke University Press.
- Hatzky, C., Bandau, A., & Becker, L. (2024). *Género e interseccionalidad en la historia y la cultura de Centroamérica y el Caribe (siglos XIX y XX)*. Universidad de Costa Rica.
- Hooks, B. (1994). *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom*. Routledge.
- Insulza, J. M. (2014). Desigualdad, democracia e inclusión social. En OEA, *Desigualdad e inclusión social en las Américas: 14 ensayos* (pp. 13-34).
- Kendall, G., & Wickham, G. (2012). *Understanding Culture: Cultural Studies, Order, Ordering*. SAGE Publications Ltd. <https://sk.sagepub.com/book/mono/understanding-culture/toc>
- La Barbera, M. (2016). Interseccionalidad, un «concepto viajero»: orígenes, desarrollo e implementación en la Unión Europea. *Interdisciplina*, 4(8), 105-122.
- Lafita, V. (2016). *Latinoamérica con voz de mujer: un análisis de la identidad latinoamericana y femenina en cuatro novelas de Gioconda Belli*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Lagos, R. (1990). Vanguardia femenina de la poesía Centroamericana. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 19. <https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI9090110213A>
- Lorde, A. (1984). *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Crossing Press.
- Martínez, S. (1997). *La patria del criollo: Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (Cuarta ed.). Ediciones en Marcha.
- Parra, F., & Busquier, L. (2022). Retrospectivas de la interseccionalidad a partir de la resistencia desde los márgenes. *Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 11(1), 23-35. <https://doi.org/10.5209/ltld.77044>.
- Pérez, M. (2021). *Nuevo diccionario de estudios de género y feminismos*. Biblos.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 73-92.

- Rubin, G. (1984). Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality. *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, 267-319.
- Sales, T. (2017). Repensando la interseccionalidad desde la teoría feminista. *Agora*, 36(2), 239-256.
- Segato, R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda*. Prometeo Libros.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficante de sueños.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad de Buenos Aires.
- Sermeño, N. (2023). *Identidad femenina y narrativa centroamericana*. [Trabajo de posgrado, Universidad de El Salvador, Santa Ana].
- Solís, P. (2017). *Discriminación estructural y desigualdad social. Con casos ilustrativos para jóvenes indígenas, mujeres y personas con discapacidad*. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.
- Szurmuk, M., & Mckee, R. (2009). *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Siglo XXI Editores; Instituto Mora.
- Vidiella, J. (2019). *Estudios Culturales, género y arte*. Universitat Oberta de Catalunya.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*, 52, 1-17.
- Viveros, M. (2023). *Interseccionalidad. Giro decolonial y comunitario*. CLACSO.
- Wortman, A. (2007). *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. CLACSO.
- Zamora, D. (1991). La mujer nicaragüense en la poesía. *Revista Iberoamericana*, 933-954.